

PLATE THE SEVENTH



6285.27000001

CES-XIX
131-5

AMOR VENGA SUS AGRAVIOS.

DRAMA ORIGINAL

EN CINCO ACTOS Y EN PROSA

POR

DON LUIS SENRA Y PALOMARES.



MADRID.

IMPRESA DE DON JOSÉ MARÍA REPULLÉS.

1838.

PERSONAS.

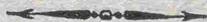


Doña Clara de Toledo, *marquesa de Palma.*
Don Alvaro de Mendoza.
Conde de Piedrahita.
Don Pedro Figueroa.
Padre Rafael.
Pacheco.
Robleda.
Rendones.
Muzquiz.
Felipe IV, *rey: á los diez y ocho años.*
Conde duque de Olivares.
Abadesa.
Teresa, *demandadera.*
Otañez.
Fortuna.
Beatriz.
Dorotea.
Margarita.
Chamoquin y cuatro músicos que hablan.
Viejas que hablan.
Don Ponce y caballeros que hablan.
Una criada, convidados, monjas, una novicia, un ugiel,
una tapada.



La Escena es en Madrid por los años de 1623 y 24.

ACTO PRIMERO.



Cuadro primero.



ESCENA PRIMERA.

El parque del Retiro al pie de palacio; una calle de árboles.

DAMAS que pasean; varios corrillos de GALANES; algunas TAPADAS. MENDOZA.

Mend. (A unas tapadas.) A pesar de ir tan tapada, mal podeis encubrir vuestra hermosura.

Tapad. Galan sois, pero tened cuenta con lo que haceis, y no sigais mas. (*Vanse.*)

Mend. Ni tenia tal intencion. (*Pacheco llega precipitado á Mendoza, y le abraza.*) Pacheco, ¡cuánto me alegro de verte!

Pach. No me alegro yo menos; y por cierto que te hacia en Flandes ocupado en domar aquellos perros hereges, y no creia tener tanta dicha esta mañana.

Mend. Pues no, amigo, no todo han de ser asaltos, duelos, ni alarmas, y alguna vez ha de trocar uno el lecho campal iluminado por las estrellas por la cama, aunque estrecha en comparacion, mas blanda y acomodada. Yo, por ahora, me he propuesto vestir seda en vez de hierro, beber vino en lugar de cerveza, y ceñir la espada mejor que blandir la pica.

Pach. Tienes razon, y ya estarias harto de aquella vida; pero... ¡cuándo has llegado?

Mend. Ayer mismo; y antes, como se suele decir, de quitarme las espuelas he venido al parque esta mañana á

recordar aquellas felices en que tantas y tan buenas aventuras corrimos. Te aseguro que este parque y las mañanas de Mayo han sido cosa que nunca he podido olvidar.

Pach. Lo creo: en Flandes como no hay mes de Mayo...

Mend. Allí hace un frio en este tiempo, que á estas horas por la calle no andan mas que perros ó soldados. Pero, hablando de otra cosa, tu conocerás todas estas muchachas; ¿ha habido muchas bajas? ¿buenos reemplazos? Vaya, infórmame, porque yo te aseguro que hasta ahora no he conocido á ninguna, y estoy hecho un forastero en mi patria.

Pach. Pero creo que no tardarás mucho en hacer nuevos y útiles conocimientos, porque te vi, me parece, echar requiebros á una tapada...

Mend. Sí; pura galantería: la costumbre de galan y de soldado. Pasa una muger, ¡qué diablos! algo le ha de decir uno. Pero te aseguro que vengo muy mudado de como fui. Tú sabes que entonces una muger era para mí un angel; ahora no es mas que un mueble cualquiera, mas ó menos útil, mas ó menos incómodo.

Pach. Es decir que ahora en vez de enamorarte tú, las enamoras á ellas, y en seguida las dejas sin misericordia.

Mend. No, ni aun en eso pierdo el tiempo.

(*En un corro Figueroa y otros.*)

Figue. (*Enojado.*) Caballeros, el que pronuncie el nombre de esa señora, ó siquiera hable de ella, lo hará con la espada en la mano para esperar mi respuesta.

Cab. 1.º Señor don Pedro, no os acaloreis, que no fue mi intencion ofenderla; os vi en el bosque ahora poco...

Figue. Silencio, os suplico. (*Se pasea solo.*)

Cab. 1.º Es un gallego intratable.

Cab. 2.º Montaraz.

Cab. 3.º ¡Un pobre hidalgo que no tiene sobre que caerse muerto; con mas vanidad...!!!

Mend. Sí, para eso me ha llamado mi tío. Quiere casarme con mi prima Clara. Yo no la conozco apenas, porque ella era niña cuando yo me fui; y es lo mejor que ni he preguntado aun si es fea ó bonita.

Pach. Te felicito por tu boda con ella: es bonita, y ademas, sus riquezas y el titulo de marqués de Palma que te

dará con su mano, te pondrán en estado de hacer un brillante papel en la corte.

Mend. Tal he pensado, porque al fin y al cabo un segundon como yo no tiene otra salida que un buen casamiento, ó un beneficio, si sigue la iglesia. Á mí me dió por la espada, y como he reparado que con ella mejor se alcanza un chirlo que le divida á uno las narices que una buena renta, despues de haber gastado mi patrimonio, sin otro recurso que mi apellido y mi buena suerte, cansado de las borrascas de la vida, me acojo al puerto seguro del matrimonio.

Pach. Sí, para entregarte en mejor navío, y bien armado y provisto, al mar de la ambicion, del poder y de la fortuna.

Mend. Cabalmente.

Pach. Y doña Clara de Toledo, marquesa de Palma, es el mejor mueble, ó escalon que podia proporcionarte la suerte.

Mend. Y por eso me caso con ella. Ademas, tengo entendido que es una inocente, de carácter muy dulce, criada y educada en un convento de donde ha poco que salió. Mi tío es su tutor: me ha asegurado que no sabe qué cosa son galanteos, amigas, ni visitas; que no ve sino á él y al padre Rafael, confesor del rey y vicario de las monjas con quienes se crió. ¡Cortada y hecha para mí! Ya ves... jóven, bonita, segun tú dices, marquesa de Palma, rica, simplecilla, y que se hará por consiguiente á mis mañas... ¡voto va! que es haber encontrado con la horma de mi zapato.

Pach. De modo que cuando andes en coche, prives con el rey y te llamen S. E. el señor marqués de Palma, habrá que echarte memoriales para hablarte.

Mend. Te aseguro que despues de tan malas noches como he pasado en aquellas malditas dunas de Holanda, el agua ó lo nieve á la cinta, contando los minutos, y esperando un arcabuzazo, como un amante la hora de la cita, te aseguro que tengo vivas ansias de pisar alfombras y hundir colchones de pluma. Por lo demas, y sino se verificase la boda, ni se muriese la muchacha, que tambien me viene á mí por línea recta su título en ese caso, quiere decir que... á la guerra me lleva mi necesidad, como dice la copla, si tuviera dinero no fuera en

verdad, ó iria de muy diferente manera.

(*Corrillo donde está Figueroa.*)

Cab. 1.º Aquel es. (*Señalando á Mendoza.*)

Figue. (Cuidadoso.) ¿Y decís que viene á casarse con la condesa de Palma, su prima?

Cab. 3.º (A otro, sonriendo.) ¿No reparas que apenas puede tragar la saliva?

Cab. 1.º Lo sé de fijo: su mismo tío el conde de Piedrabita, tutor de la jóven marquesa, le ha hecho venir de Flandes con esa intencion.

Figue. Pero ese casamiento se verificará, ó no, segun ella quiera.

Cab. 2.º Y si ella no quiere, tambien. El tutor tiene gran favor en la corte; alcanzará del rey lo que mejor le acomode, y forzará la voluntad de la niña.

Pach. (A Mendoza.) Es extraño que no haya venido. Todas las mañanas viene á pasear con todo el aparato de escuderos, viejos y damas de honor que corresponde á dama tan principal.

(*Corrillo.*)

Cab. 1.º Ved lo que decís, don Pedro, sobre eso, de que no hay ley divina ni humana que autorice á forzar la voluntad de nadie. Hablais con un calor que cualquiera recelaria...

Figue. Nadie recelaria, yo defendiendo la justicia y...

Cab. 2.º ¿Y fiais en la firmeza de voluntad de una muger?

Figue. Señor caballero, una muger es capaz de tanta virtud como no podemos ninguno de nosotros imaginarnos.

Mend. Está el paseo delicioso, y va cada vez viniendo mas gente.

Pach. Vente por este lado hácia el estanque y galantearemos un rato á las tapaditas de medio pelo, que alli es el paseo de las aventuras.

Mend. Sí, vamos... pero no, que alli viene mi tío con el confesor del rey. Ayer noche no hice mas que verle un momento, y no quiero que me tenga por un rapaz inconsiderado y sin seso.

ESCENA II.

DICHOS. EL CONDE DE PIEDRAHITA y EL PADRE RAFAEL, que salen por una puerta de las de palacio. — CORRILLO. — FIGUEROA aparte hablando con el primer caballero.

Cab. 2.º No lo dudeis, el buen Figueroa está loco de amor por ella.

Cab. 3.º ¿Y ella le quiere?

Cab. 2.º No hay duda.

Cab. 4.º Las mugeres son caprichosas. En medio de tanta brillante juventud ha ido á elegir un hidalguillo gallego, vasallo suyo: ved con qué afan habla con nuestro amigo. (*Señalando á Figueroa.*)

Conde. (A Mendoza.) ¡Hola, mala cabeza! no vendrias muy cansado del viaje, cuando tan temprano has dejado la cama.

Mend. La fatiga es el descanso del soldado, y la costumbre de velar que traigo me hace despertar antes de amanecer, como si oyera el toque de alarma.

P. Raf. ¿Este caballero es el sobrino de que me habeis hablado alguna vez, y que estabais esperando de Flandes?

Conde. El mismo, y en él os presento á don Alvaro de Mendoza, capitan de los tercios españoles, de cuyas hazañas habreis oído hablar en la corte mas de una vez.

Mend. Humilde servidor de vuestra paternidad.

P. Raf. Servidor de Dios. Y á fé que no desmiente su gallarda presencia los hechos que de él se refieren.

Mend. Agradezco la merced que vuestra paternidad me hace.

ESCENA III.

LA MARQUESA con el aparato de comitiva. FIGUEROA se separa del corrillo procurando hacerse notar de ella. LOS CABALLEROS hablan entre si: lo mismo MENDOZA en el otro corrillo.

Cab. 1.º Vedla: alli viene la marquesita de Palma con toda su comitiva.

Cab. 2.º Mirad á Figueroa qué turbado se ha puesto en cuanto la ha visto, y cómo se ha deslizado de nuestro corro.

Conde. Le miro como á mi hijo, y es el esposo que tengo destinado á mi pupila Clarita.

P. Raf. Desengañaos, conde, doña Clara ha elegido mejor esposo: yo la conozco bien, y sé cuánto ella prefiere al mundo, el retiro y el silencio del claustro. Su vocacion, ó yo me engaño mucho, ó es verdadera sin duda alguna.

Mend. Esa virtud de mi prima doña Clara me encanta y me enamora sobremanera.

Conde. Cuando yo te lo digo... es la única muger para muger propia. Yo convengo con su paternidad en que la chica gusta mas del retiro y de la soledad que de saraos y bailes, pero esa es precisamente la razon en que me fundo para dártela por muger.

Mend. ¿Y sabeis acaso si ella gustará de mí?

Conde. ¿Gustar de tí! Clara no tiene mas voluntad que la mia; ademas que no entiende ella de eso.

(*El último escudero de la marquesa se acerca á Figueroa: el conde y el fraile llegan despues á la marquesa y la saludan.*)

Pach. Allí viene, esa es. (*A Mendoza bajo y señalándosela.*)

Mend. El escudero aquel que se ha apartado á un lado con aquel hombre ¿no es de su comitiva?

Pach. Sí.

Mend. Parece que le da un recado; (*Aparte.*) si sabrá la niña mas de lo que se cree: apostaria á que es una cita amorosa.

Otañ. (*A Figueroa.*) ¡Cé! despachad. Esta noche á las doce os espera mi señora en la reja del jardin. No falteis: á Dios.

Figue. ¿Á las doce? ¡Oid! no os vayais tan pronto.

Otañ. Sí, á media noche: por la reja del jardin: á Dios.

Mend. (*Aparte.*) No hay duda: él la sigue con la vista y ella ha vuelto á mirarle: ¡buen chasco está para un novio!

Cab. 1.º Os doy la enhorabuena: (*A Figueroa, que vuelve al corro.*) vuestra cara manifiesta que habeis recibido alguna buena noticia.

Figue. Os preciais de fisonomista, segun veo; pero os aconsejo que en adelante hagais vuestras observaciones en otro semblante que en el mio. ¿Me comprendeis...? (*Vase.*)

Mend. (*A Pacheco.*) ¿No le conoces? pues síguete é infórmate de quién es. Hasta luego. (*Vase Pacheco.*)

Conde. La mejor rosa de Mayo faltaba, y hé aqui que viene á adornar nuestros jardines. Bien venida, mi querida doña Clara.

Clara. ¡Este paseo de por la mañana me gusta tanto!

P. Raf. Es un recreo saludable, y la mejor hora para dar gracias al Criador y admirar sus maravillas.

Conde. Y la única diversion de que gusta mi querida pupila.

Mend. (Aparte.) Y que proporciona un medio escelente de dar una cita.

Clara. Os aseguro, señor conde, que vivo feliz sin necesidad de otros pasatiempos. Tengo para mí que deben ser desgraciadas las personas que necesitan ese bullicio del mundo para distraerse: sin duda tratan de atolondrarse con su estrépito y olvidar sus pesares por un momento.

P. Raf. Doña Clara piensa como se debe; amar á Dios y vivir para morir es la senda que conduce á la vida eterna.

Mend. (Aparte.) Sermon tenemos.

Conde. Sin embargo, doña Clara me hará el favor de mirar un momento con buenos ojos á su primo don Alvaro de Mendoza que acaba de llegar de Flandes, y que se ofrece por su servidor.

Clara. Me doy el parabien de tener tal caballero por primo mio.

Mend. Y yo, señora, tengo por dichoso este instante, puesto que hago en él tan ventajoso conocimiento. Mucho, prima, me habian alabado tu hermosura, pero veo que han sido muy escasos los elogios y mezquina mi imaginacion.

Clara. Agradezco, don Alvaro, vuestra cortesía.

Conde. Todo eso está muy bien; pero es preciso que os traiteis de aqui en adelante con mas franqueza. Ya sabes, doña Clara, que tu primo ha de ser, si hemos de hacer mi gusto, tu esposo.

Clara. (Aparte.) ¡Suerte fatal!

Mend. Esa será para mí la felicidad suprema. *(Aparte.)*
¡Mala cara pone!

Clara. (Aparte.) ¡Y para mí la muerte!!

Conde. Propiedad de todas las doncellas, ponerse coloradas y mirar al suelo cuando se las habla de casamiento. Pero dejemos esto, que se ha de tratar mas despacio, y pasemos un rato.

P. Raf. El rey debe de salir de un momento á otro, y el señor conde no habrá olvidado que tanto él como yo tenemos que acompañarle.

Conde. Estas caras inocentes le hacen á uno olvidarse de todo; pero teneis razon. Tú, Clara, vé y da tu acostumbrado paseo, y sino te incomoda puede acompañarte tu primo.

Mend. Para mí será un placer si doña Clara se sirve aceptar mi compañía.

Clara. (*Aparte.*) ¡Ó qué enojo! (*Alto.*) Bien, ¿por qué no? Yo iré muy honrada con ella.

Voces dentro. ¡Plaza al rey!

Idem dentro. ¡Plaza! ¡El rey!

Conde. El rey viene: á Dios, doña Clara.

P. Raf. Id con Dios, niña.

(*Vanse ambos á recibir al rey.*)

Mend. Gran ventura es la mía esta mañana. (*A doña Clara.*)

Clara. (*Aparte.*) Qué fastidioso es; le aborrezco. La mía... vamos, estoy tan poco acostumbrada al lenguaje de la galantería, que apenas sé responderos.

Mend. Vuestros ojos hablan por sí solos, y su lenguaje penetra en el corazon.

(*Doña Clara echa á andar; Mendoza la sigue galanteándola. La gente corre á ver salir el rey.*)

Cuadro segundo.

Calle : á la derecha del espectador el cercado de un jardin con algunas rejas que van á dar á la calle. Es media noche , serena aunque de poca luz.

ESCENA PRIMERA.

FIGUEROA. MENDOZA.

Figue. **N**o han llegado aun, y ya pasó la hora convenida...
(*Pasa al lado opuesto y mira por la calle adelante.*)
¡Ni un alma parece! ¡qué rabia! ¡Qué será en este instante de mi Clara? ¡Si esperará la seña convenida, fiel á sus juramentos? ¡quién sabe? ¡Ese capitán Mendoza recién venido de Flandes!! Estos músicos de Barabás ¿si habrán errado la calle? (*Asómase por el lado derecho.*) (*Sale Mendoza por el lado opuesto, embozado.*)

Mend. Dos vueltas he dado á la casa y las dos en valde. Sin embargo, esta debe ser la hora del lance, y por mi nombre que no he de aguantar dado falso de un pájaro de primer vuelo. Sepa yo en qué paran los cuchicheos de esta mañana, que aunque cualquier suceso me sea indiferente, el averiguarlos todos es importante á mis designios. Asalte yo el castillo de mi ambicion, y siquiera sea por la escala ó por la brecha. ¡Hola! ¿Quién va? (*A don Pedro, que aparece.*)

Figue. ¿Chamochin?

Mend. ¿Señor? (*Aparte.*) Fingir y veamos.

Figue. ¿Dónde estan tus compañeros? Pronto, que vengán aqui. Toda la noche me teneis renegando de vuestra tardanza.

Mend. Por eso me he adelantado á tranquilizar á vuestra merced, y á disculpar nuestra inexactitud.

Figue. ¿Cómo es eso? ¿quieres insultarme, traidor embustero? ¿Con que vienes solo á decirme que no cumples tu palabra?

Mend. ¡Eh! poco á poco, caballero, idos á la mano si os cumple... (*Reportándose.*) que aunque músico, soy hombre honrado. Atras viene la banda, y estará aquí muy pronto.

Figue. Eso último te valga, porque sino lo pasas mal á fé mia. ¿Pero cómo tan tarde?

Mend. Cosa muy sencilla. Antes que con vos, teníamos que dar serenata algo distante de aquí con un galán gentil-hombre, á quien debemos mucho, y que nos citó mas temprano. Todo podia hacerse como otras noches; mas en esta, por arte del demonio cuando mejor iba el concierto engrescóse una de... ¡Atras la ronda! Cuchilladas, cintarazos, y ¡favor al rey! que hasta una hora despues ha sido imposible reunirse, ni..

Figue. Ahí estan: coloaos en lo alto de la calle, y desde allí entonad la letra que esta tarde te dí.

(*Vienen los músicos por la calle abajo.*)

Mend. Se hará como mandais. (*Va á irse.*)

Figue. Atiende, Chamochin. Os ireis aproximando despacio hácia este sitio, y observareis lo que os vaya ordenando.

Mend. Muy bien, señor. (*Aparte.*) Él es, no hay duda; procuraré no perderle de vista. (*Don Pedro se dirige á la reja.*) (*Hablando con el grupo, un músico se adelanta.*) ¿Chamochin? Volved á la esquina, y desde allí bajad despacio cantando la letra que esta tarde os mandó aprender el señor don Pedro Figueroa. (*Retroceden los músicos. — Mendoza los sigue.*)

Figue. Animo, esperanzas mias. (*Observa.*) El jardín está solo, no se mueve ni una hoja: solo percibo el murmullo de la fuente, y el palpitar de mi pecho. (*Apoiado en la reja, y pensativo.*)

ESCENA II.

LOS PRECEDENTES, CHAMOCHIN y MÚSICOS, y después
CLARA.

ÓYESE LA CANCIÓN.

Despierta, hermosa señora,
Señora del alma mía:
Den luz á la noche umbría
Tus ojos que soles son.
Despierta, y si acaso sientes
Tu corazón conmovido,
Es que responde al latido
De mi amante corazón.
Oye mi voz. (Bis.)

Figue. No viene: no se oyen sus pasos... su vestido blanco no raya en las sombras del bosquecillo. (*A los músicos, con una seña.*) ¡Silencio!!

Clara. (*A la reja.*) ¡Figueroa! ¡Cé!

Figue. ¡Clara! (*Corre á la reja y quiere echarse á sus pies.*)

Clara. ¿Qué vas á hacer, amor mio?

Figue. ¿Eres tú, mi Clara, de quien ya me creía abandonado? Déjame besar tu mano y oprimir con ella mi corazón. ¡He padecido mucho en poco tiempo!

Clara. No sé lo que dices, Pedro, no entiendo tus palabras, aunque me siento conmovida por ellas. Acaba de romper la serenata, me tienes á tu lado mas cariñosa que nunca, y sin embargo parece que dudas de mí. Sí, amigo mio, te he oído cosas muy amargas: hablas de temores; ¿qué quiere decir eso? responde.

Figue. ¡Temores...! siempre los he tenido, siempre han andado conmigo enlutando mis alegrías. ¿Y qué otra cosa pudiera prometerme, yo desdichado, tan lejos de tí por la fortuna que me condena á adorarte por hermosa, y á respetarte por señora de mi país nativo? ¡Ah! ¿Por qué no valgo lo que tú vales?

Clara. Ese delirio me ultraja, Figueroa; ese injusto recelo desvanece mis ilusiones mas queridas. Vienes á ha-

blarme del rango y de las riquezas de que soy esclava, cuando yo acudo á buscar en tus labios la ternura de una pasion. ¿Cuál es el poder de la fortuna para que pretenda separarnos? (*Con intencion.*) Si es que tu llama se resfria, podré compadecerte, pero nunca...

Figue. No mas, señora, no mas; todo lo podeis conmigo, menos dudar de mi fé. Esa duda es mucho mayor que mi sufrimiento y que mi amor á la vida. Escucha, Clara, mil veces al indicarte este dolor secreto que me consume, y que preside á mis pensamientos, á todas mis vigalias, he sentido que ciertas palabras profanarian quizá la pureza de nuestro amor, y mi lengua ha rehusado pronunciarlas; pero hoy bien conocerás que mi pecho no podia guardar ya tan funesto depósito. ¿Recuerdas el paseo de esta mañana?

Mend. (*Algo separado de los músicos para escuchar á los amantes.*) Alarmado está el galan; el caso no es para menos. Oigamos á la inocente, á la simplecilla educanda. ¿Qué candorosas son las niñas á los diez y ocho años! ¡Mal rayo!

Músico 1.º ; Despacio va esto!

Idem 2.º ; No conoces al embozado que nos dió la orden?

Idem 1.º Esta es la primera noche que viene acompañando á Figueroa: será algun dendo suyo.

Idem 2.º Pregúntale, Chamochin, si nos vamos á acostar, que el fresquillo de la madrugada me está pasmando el cuerpo.

Idem 1.º ; Cé! ; Caballero! (*A Mendoza.*)

Mend. Sí, cantad, acabad la letra, pero suavemente. (*Apartte.*) Estos mamarrachos, si me descuido, lo echan á perder todo. Si no me engaño han pronunciado mi nombre en la reja. (*Se acerca.*)

MÚSICA Y CANCION.

La flor mas pura y galana
Que el Abril fecundo adora,
Al despuntar de la aurora,
Perfuma el primer albor:
Pero es mil veces mas puro
De tu boca el blando aliento

Si perfuma en torno el viento

Tierno suspiro de amor.

Oye mi voz. (Bis.)

Figue. ¿Qué es esto! ¿quién viene?

Clara. Son los tuyos que vuelven á cantar: déjalos, que estoy muy prendada del tono y del sentido de la trova.

Figue. ¿Te sonries, Clara, cuando tan atormentado me estás viendo?

Clara. ¿Y por qué no, ídolo mio? Demasiado triste me ven todos los días. Me tienes muy enamorada para que lejos de tus ojos pueda alegrarme jamas. Cuando no te veo, ando pensativa en dulces imaginaciones de estar á tu lado, de envanecerme con tu gallardía; y porque se te ocurra turbar el paraíso que hay para mí en tu cariño, no tengo de sufrir yo la pena de tu desvarío. Te empeñas en no estar contento con mis caricias; no me importa, yo estoy loca de júbilo en tu presencia. ¿No te parezco hermosa como otras veces?

Figue. ¿Hermosa! ¡Ah! sí, mas que nunca. Mas hermosa que lo es en mi fantasía el angel que te conduce á este sitio entre las sombras y los vapores de la noche. Pero tus bodas estan concertadas con otro...

Clara. Eso tú y yo lo sabemos, esposo mio. ¿Has olvidado mi juramento? ¡Ah Pedro! vuelve á leerle en el fuego que ahora enciende mi semblante. Tengo mi mano sobre tu corazón, y no envidio á una reina coronada.

Mend. (Aparte.) Esposos se han llamado. La fortuna es mi guía en esta ronda. ¡Ah! ¡don Pedro Figueroa! que esa palabra envenena tu aliento. ¡Te arrojas delante de mi camino...! retírate en paz, porque sino, voto á los cielos, que me has de servir de alfombra.

Figue. Sí, esposa mia, Mendoza debe de adorarte, porque te ha visto una vez. Ese hombre te desea, y el mundo á que perteneces te va á colocar entre sus brazos. ¡Oh infamia! primero la muerte que consentir en mi mengua y en tu debilidad.

Clara. Sosiégate, amado mio; calma tu frenesí, y aprende á estimar en mas á la que se juzga digna de tu pasión. Soy muger, es verdad, todo lo temo de mi flaqueza... pero hay una cosa, una sola cosa en el universo de la que estoy segura, bien satisfecha. Del amor que te ten-

go, de ser tuya para siempre, nada me hace dudar. En llegando á este punto no titubeo ni un instante. Y advierte que cuando así te hablo, pienso en peligros, en amenazas, en respetos, en seducciones de todo género: en la honra misma y en el decoro que se debe una mujer de mi sangre: pero también cuento con mi resolución de pertenecerte, y con mi libertad de ser dichosa.—
(*Con afectacion.*) En cuanto al capitán de Flandes no me pesará á fé mía verle rendido, que al fin triunfos como este podrían guarnecer mucho la guirnalda de nuestro banquete nupcial.

Mend. (Aparte.) ¡Podrá equivocarse mi inocente prima, y se equivocará sin duda, vive Dios!

Figue. Á Dios, señora: si bajo cualquier título pensais en vuestro primo; no os podré mirar tranquilo hasta que mi espada borre su sombra, porque esa sombra llegaría á helarme la sangre en las venas. Á Dios quedad, que el tiempo vuela.

Clara. Se conoce que aun no has probado mi enojo, don Pedro, y te advierto que puede ser más severo de lo que imaginas. ¿Quién fue, caballero, quién fue la que os rogó por la mañana que asistieseis á esta reja? ¿quereis decírmelo? porque á mí, según entendeis, la primera vista del capitán debía de tenerme un tanto embelesada para pensar en otra cosa.

Figue. Clara, lo confieso, seré injusto contigo, así lo quiere mi desventura; pero es preciso que yo obedezca á la pasión que hierve dentro de mí, porque esa pasión así, caprichosa, ridícula, pueril, si tú quieres, es la que me eleva hasta la región en que tú habitas, y la que me ha hecho promesas en tu nombre. Yo no volveré á tu lado sin la confianza que necesito.

Mend. (Aparte.) ¡Diablo con el buen Figueroa!

Clara. No te vas, yo lo mando, yo te necesito por el bien de nuestro amor. Si ahora te apartas de mí, cuenta contigo solo desde este momento en adelante, supuesto que no contemplas sino tus gustos.

Mend. (Aparte.) No le deja marchar. ¿Será caridad hacia su primo, ó recelo por su amante? De todo tiene la vida; ¡qué inocencia de criatura! ¡es tan jóven todavía! ¡mentecatos!!!

Figue. Acaba, hermosa mía. Di lo que quieres exigir de mí.

Pero tú tiembblas, se arrasan tus ojos en lágrimas. ¡Por tu vida que no aumentes mi desesperacion!

Clara. ¡Cruel! estrañas mi quebranto y mi amargura cuando acabas de presentarme lo mas horroroso del desengaño. Con que la pobre Clara no tiene imperio ni atractivo para detener algunos instantes al hombre que se llama suyo, y quieres que indiferente lo conozca y se resigne. Ahora sé que al hacerte dueño de mi alma no reservé para mí mas que la pena de tu ingratitude.

Figue. Clara, perdona mis arrebatos: manifiesta tu voluntad, y verás hasta qué punto soy tu esclavo.

Clara. Óyeme, Figueroa. Nuestra situacion es urgente y comprometida. Por no valer menos á tus ojos he podido privarme hasta hoy de todo el placer que mas que tú he deseado. Sé que eres comedido y discreto, tengo confianza en tu amor y mucha fé en que nos salvaremos; pero es preciso que nos pongamos de acuerdo para tomar una resolucion pronta y segura. La llave de esta reja está en mi poder; una doncella enteramente mia nos espera en mi gabinete, dispuesta para cualquier aviso. Mi tutor duerme, la casa está en silencio..

Figue. Dentro de un instante me verás correr á tus brazos. Voy á alejar de estos lugares testigos importunos. ¡Oh divina felicidad! desde el fondo del infortunio veo los cielos abiertos. (*Se dirige á los músicos.*) ¡Eh! ¡amigos!

Mend. ¿Correrás á sus brazos? (*Incorporándose al grupo.*) pero no has de llegar á ellos, no lo temas. (*Requiriendo la espada.*)

Figue. Tomad. Retiraos cantando, (*Alargando un bolsillo.*) y vedme mañana, que ya viene el dia.

CANCION.

Á Dios, mis dulces amores,
Que envidiosa el alba fria
Ya raya en oriente el dia
Por turbar nuestro placer:
Á Dios, señora; mi alma
Dejo al partirme contigo:
Amante triste maldigo,
Anrora, tu rosicler.

Guárdame fé. (Bis.) (*Vanse los músicos.*)

(Don Pedro los observa hasta que se entran por el tercer bastidor de la izquierda del espectador. Suena la llave en la reja, que se abre. Mendoza vuelve precipitadamente, y rebozado.)

ESCENA III.

MENDOZA. FIGUEROA.

Mend. ¿Adónde vais, caballero?

Clara. ¡Ah! Dios mio, ¿quién será? (*Cerrando sorprendida: observa.*)

Figue. ¿Y con qué derecho me pregunta el imprudente?

Mend. (*Con sorna.*) Soy amigo vuestro, y bien nacido además.

Figue. (*Mete mano.*) Defendeos, voto á mi nombre, si quereis morir como bueno.

Mend. No vengo á reñir, señor Figueroa, sino á representaros esta noche lo que se debe al honor de las damas principales, para que en amaneciendo podais llamaros hidalgo. Para enamorado basta, señor don Pedro.

Figue. Acortad razones, cobarde, y sacad la espada, (*Hacia él.*) que ya no respondo de mi cólera.

Clara. ¡Asesino! corro á salvar su vida. (*Desaparece.*)

Mend. ¡Mi espada! Está bien ceñida. Os prometo que algún día os pesará verla desnuda.

(*Se advierte movimiento en casa de Clara: oyesse abrir algunas ventanas; poco despues aparecen luces.*)

Figue. Vil, embustero, defiéndete ó te mato.

Mend. Insultais á una capa que no quiere responderos, porque no es esta la ocasion ni el sitio. — Oid: la calle se altera; la marquesa ha despertado sin duda; doña Clara llama á sus criadas, y por allá bajo gritan: ¡al asesino! Si quereis mediadores, facil es aqui la pendencia. Yo sé llamaros por vuestro nombre: mañana nos veremos. ¡Agur! que reflejan las luces y tengo muy mala cara. (*Vase.*)

Figue. ¡Voy á seguirte hasta el cabo del mundo! ¡Clara! mi corazon tiembla por tí, y es muy leal mi corazon. (*Vase.*)

ESCENA IV.

VIEJAS, CONDE y CRIADOS.

(Algunos criados con armas y una linterna salen por la puerta de casa de Clara, que está hácia el medio de la calle; el tutor conde de Piedrahita al balcon. Algunas mugeres viejas en sus ventanas.)

Vieja 1.^a ¡Qué tal, las musiquitas! si siempre lo estoy diciendo; no pueden traer nada bueno.

Idem 2.^a ¡Ay qué susto, señora Estefána! Vamos, no hay justicia; todo se vuelve pícaros por la noche. ¡Virgen Santísima!

Idem 3.^a La culpa tienen mas de cuatro moscas muertas, que parece que no han roto un plato en su vida.

Idem 1.^a Vaya, á que no asoman ahora. Estarán durmiendo como pajaritos. ¡Qué lástima...! Buenas noches, vecinas. ¡Válgate Dios!

Conde. Pronto, muchachos, acudid al ruido y detened á todo el mundo.

Un criado. (Con chuzo.) ¡Por dónde van esos perros?

Otro. Por aquí, por el callejon.

Todos. ¡Á ellos!!! (Entranse por donde los otros fueron.)
(Cae el telon.)

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

Estrado de doña Clara.

ESCENA PRIMERA.

CLARA.

Un sueño se me antojan los recuerdos de esta noche fatal, una espantosa pesadilla. ¿De dónde pudo salir aquella diabólica aparición...? A nadie se encontró despues... Un embozado de siniestra figura que llamaba por su nombre á Figueroa y se recreaba en su despecho. Quizá algun enemigo suyo: don Pedro debe presumirlo. ¡Pero tal vez dudará de mí! Si llegará á sospechar de la lealtad de su Clara, ¡Dios mio...! (*Pausa.*) Podria ser que Mendoza... la seqedad con que se vió tratado por mí en el paseo de ayer... hoy no he salido temiendo encontrarle. Pero es imposible. ¿Cómo en un dia pudo conocer á don Pedro, sorprender un secreto como el nuestro y averiguar la hora, el sitio...? Otañez no se separó de mí un instante: Otañez es fiel ademas... ¡Maldito embozado! ¡vision infernal! Alguien viene, que han franqueado la puerta de la primera sala. (*Mirando á la puerta.*) Mi primo don Alvaro. Procuraré probar mi sospecha. Me repugna cada vez mas este hombre.

ESCENA II.

CLARA. DON ALVARO.

Mend. Hermosa primita, buenos dias.

Clara. Bien venido, don Alvaro.

Mend. Madrugué por veros en los jardines, pero estaban, como faltabais vos, muy tristes esta mañana.

Clara. Pecais de sobrado lisonjero.

Mend. No tal, Clara, no por vida mía; al contrario, á fuer de soldado suelo perder lo cortés por seguir la franqueza de mi sentimiento. Y contigo no sería por cierto...

Clara. Podeis sentaros, si gustais.

Mend. Lo haré por obedecerte. (*Aparte.*) Tan adusta como siempre; si habrá llegado á presumir...

Clara. Deciais, señor don Alvaro...

Mend. Decia, prima, que me pesa del desvío con que me tratas. Otra es la intimidad que se debe al deudo, si es que no median ofensas ó enemistades.

Clara. Perdonad, don Alvaro; yo os estimo como debo; pero mi genio, mi edad, mi falta de mundo, me impiden, á pesar mío, esa intimidad que yo no quisiera negaros... No sé por qué tengo reparo en... el tiempo sin duda y la frecuente correspondencia podrán...

Mend. Lo entiendo. Me contento con saber que no te es molesta mi presencia.

Clara. Jamas podria serlo.

Mend. (*Aparte.*) ¡Los ojos son divinos! (*Alto.*) ¿Y podré yo saber si alguna incomodidad te ha privado de salir á dar vergüenza á las flores, y alegría á la luz de la mañana?

Clara. La noche ha sido inquieta para mí. No he podido gozar del sueño, y cuando descansaba en las primeras horas de la madrugada, la casa se puso toda en movimiento; yo me sobresalté mucho con las voces y el ruido. Era una pendencia en la calle; decian que habian muerto á un hombre, y esta idea no me dejó ya sosegar.

Mend. ¿Y efectivamente hubo una muerte?

Clara. No hemos podido saberlo. (*Conmovida.*) Nuestro tío el conde saltó de la cama y ordenó que los criados acudiesen al lance; pero volvieron sin haber encontrado á nadie, ni saber nada.

Mend. Vamos, mas vale así. Sería algun encuentro de amartelados noveles. De esos que viven del escándalo buscando reputacion de valientes. De todos modos yo tengo la culpa de tu mala noche, porque en vez de recogerme temprano debí pasear la calle y guardar el sueño de mi hermosa prometida. ¿No es verdad, Clara? (*Aparte.*) Tentemos el vado, porque al fin hay que pasarlo.

Clara. Os doy mil gracias , sois demasiado galan.

Mend. Lo conozco : he andado muy grosero en el primer dia de mi fortuna ; no debí esperar tu licencia para cumplir con el deber de gentil enamorado. Créeme : la primer serenata es para una doncella un tesoro de ensueños y de ilusiones.

Clara. ¿Acostumbráis ese lenguaje con todas las mugeres, primo don Alvaro?

Mend. Tú debes saber la respuesta. Este lenguaje le empleo con todas las que tienen tu belleza, con las que tienen el fuego de tus ojos, Clara, con las que como tú se insinúan en el alma ; pero desgraciadamente son muy pocas...

Clara. No deben ser pocas las de vuestro gusto, segun creo. Lo que es en Flandes habreis dejado memoria entre las damas, como dicen que la dejais entre los hombres de guerra.

Mend. Me favorecis, prima mia, mas de lo que yo merezco ; pero es lo cierto que no sé qué instinto de felicidad me ha hecho guardar á toda costa la independenciam de mi corazon, y ahora puedo rendirlo con orgullo á la muger que adoro.

Clara. ¿Con que adorais realmente? No podia ser de otra manera.

Mend. ¿Hace poco tiempo, hermosa mia!

Clara. Os entusiasmais demasiado.

Mend. (*Aparte.*) Esta muchacha no ha oido en su vida á ningun hombre de mi temple. Lástima tengo al bueno del hidalguillo. (*Alto.*) Muy discreta eres, pero ya es escusado tanto detenimiento. Sabes el objeto de mi vuelta del ejército, conoces ademas el estado de mi alma, tus ojos se han encontrado con los míos : ¿qué resta pues?

Clara. Ignoro lo que quereis decirme.

Mend. El conde, nuestro tio, te habló ayer de mi felicidad.

Clara. (*Aparte.*) ¿Qué martirio! (*Alto.*) Mi tutor se complace á menudo en ocasionarme situaciones dificiles para mis pocos años. No creo que pretendiese dar valor á sus palabras : nada me habia advertido de vuestra venida. Ademas, señor don Alvaro, que probablemente no estará en mi mano la felicidad que buscais.

Mend. (*Aparte.*) Su turbacion va en aumento. (*Alto.*) Te

comprendo; tienes derecho á que mi adoracion sea mas esplicita: tanto mejor, con eso gozaré mas en declarártela.

Clara. (*Aparte.*) ;Si yo pudiera disuadirle!!

Mend. Pues bien, Clara, yo no he hablado á ninguna muger de amor en toda mi vida. Pero el tuyo me enciende, me abrasa...

Clara. Teneos, don Alvaro, yo soy muy jóven aun; no sabria amaros, ni apreciar lo que valeis. Vuestro lucimiento en el mundo, y vuestra bizarría, os deben poner alas para alcanzar á una de las primeras damas de la corte. Ni yo llegaria nunca á creer en vuestro amor.

Mend. Otra respuesta es la que debo esperar de tí, Clara. Si tus años son pocos, es tan grande tu hermosura, que no es posible sino que en medio de tu recogimiento, tengas algun empeño amoroso.

Clara. No me sonrojeis, capitán. No sé por qué creais de mí...

Mend. ¡Oh! ¡es bien disculpable lo que yo creo! ¡qué disculpable! es absolutamente preciso. Lo único que yo deseo es que medites un poco sobre lo que tú mereces y la vehemencia con que yo te amo. Si por acaso alguna intriga insignificante y pueril preocupa tu corazón, debo esperar que no se opondrá á nuestro enlace futuro.

Clara. Pero...

Mend. Perdona mi flaqueza, Clara; no sé fingir. Voy á dejarte en libertad para que reflexiones y decidas de mi suerte. El conde te hablará mas despacio. Ya conoces la finura de mi cariño. Á Dios, hermosa Clara.

Clara. El cielo os guarde, capitán.

Mend. (*Aparte.*) Hasta mi amor propio está interesado en echar ese hidalgo á paseo. (*Hace reverencia, y vase.*)

ESCENA III.

CLARA.

¡Qué tormento tan insoportable! Era imposible resolverme á un desprecio; todo debia temerlo de su altivez irritada. Tal vez en un momento favorable declarándole el empeño de mi alma, desistiria. ¿Quién sabe? Un soldado suele ser generoso... Él no debió ser el embozado de

anoche... sin embargo, sus últimas palabras... El tiempo es precioso: voy á informarme de Figueroa; que me vea, que dirijamos juntos el rumbo de nuestros amores. (*Vase á sus habitaciones.*)

ESCENA IV.

EL CONDE DE PIEDRAHITA y EL PADRE RAFAEL.

Conde. Os he rogado que me acompañéis para que con vuestra presencia y consejo dierais autoridad á la entrevista.

P. Raf. No me habeis dicho de qué se trata, señor conde.

Conde. Teneis razon: ¡qué cabeza la mia! Ayer asististeis á la presentacion que hice de mi sobrino el capitán don Alvaro de Mendoza en el parque de palacio; y recordareis que dije tenerle destinado para esposo de su prima Clara, mi pupila.

P. Raf. Y tanto como me acuerdo. Pero ya sabeis tambien lo que algunas veces os he dicho. Clarita no ha nacido para el mundo.

Conde. Eso es otra cosa que no podemos asegurar todavía. Ahora se trata de hablarla formalmente sobre el casamiento que conviene á su cuna y á su juventud. Este es un deber que me incumbe por la tutela que ejerzo y por el lustre de la familia.

P. Raf. Enhorabuena, señor conde; en todas las condiciones de la vida se puede servir á Dios y abrazar la cruz. Espero sin embargo que respetareis su vocacion, si es, como creo, verdadera.

Conde. Conozco perfectamente lo que la conviene, y deseo su bien: ¡qué sabe ella? Estoy seguro de que hará mucho caso de mi esperiencia y no tratará de replicarme, sino de cumplir con su deber como hija obediente. En otro caso, no me faltarán conventos donde recluirla.

P. Raf. Podemos verla, si os parece.

Conde. Voy á llamarla. (*Toca una campanilla de mano.*)

ESCENA V.

UNA DONCELLA aparece. DICHOS.

Donc. Señor...

Conde. ¡Hola! avisad á doña Clara que su tío la espera. (*La doncella, con una reverencia, se retira.*)

P. Raf. Considerad, señor conde, que se trata de decidir toda la vida, y quizá de la salvacion de una criatura.

Conde. Padre Rafael, sois un varon ejemplar; mas perdonadme si os digo que no comprendéis á las mugeres. No, sino dejarlas correr tras de sus gustos, y vereis cómo se meten en trescientos verengenes.

ESCENA VI.

EL CONDE. PADRE RAFAEL. CLARA.

Clara. (*Entrando.*) Tío y señor, buenos dias. Vengo á saber lo que teneis que mandar á vuestra pupila. (*Aparte.*) Estoy temblando.

Conde. Salud al padre Rafael, que me acompaña.

Clara. (*Al padre.*) Vuestra reverencia me dé á besar su mano. (*Besa la mano.*)

Conde. Con tu licencia, (*Tomando asiento é invitando.*) doña Clara. (*Siéntase.*) ¿Estais descolorida?

Clara. (*Turbada.*) No sé...

Conde. (*Con intencion.*) Vamos, querida mia, yo sí lo sé y vengo á esplicártelo.

Clara. (*Aparte.*) Si habrá llegado á su noticia...

Conde. ¿Has vuelto á ver á don Alvaro?

Clara. (*Mas inquieta.*) Vino á visitarme esta mañana.

Conde. ¡Bien! parece que el mozo no se descuida. Me alegro, con eso me ayuda á andar mi camino. ¿Y qué os parece, doña Clara? ¿qué pensais de vuestro primo?

Clara. Yo... (*Aparte.*) ¡No puedo reprimirme por mas tiempo!!

Conde. ¡Eh! no acabariamos nunca si esperase tu respuesta. Escrípulos... melindres... nimiedades. Ea, vengo á que señales el dia de tu desposorio, y si tambien andas con reparos en esto, yo mismo le fijaré (quizá mas á tu gusto). El rey será padrino de la boda por honrarlos: todo lo tengo dispuesto. Tendremos unos dias alegres, y al lado de un caballero amante, noble y esforzado, como tu primo, jamas podrás tener queja de la fortuna. ¿Qué tal, inocente? ¿Ves como yo adivino tus pensamientos?

Clara. Pero, señor, yo sentiria disgustaros con mis palabras...

Conde. Cómo, cómo, ¿qué es eso de palabras? ¿Á qué os haceis de rogar sobre el logro de vuestros deseos? (*Aparte.*) ¡Cada día mas vergonzosa! ¡pobrecilla! ¡un retrato de su madre en un todo!

P. Raf. (A Clara.) Podeis hablar con libertad, marquesa: consultad vuestro pecho, y cuidado con engañaros á vos misma, que os ocupais del lance mas serio de la vida. Vais á pronunciar vuestra sentencia, y si al cumplirla la hallais áspera ó insoportable, entonces no os quedará recurso humano, y vos sola tendreis la culpa de las miserias que os sobrevengan.

Conde. No me he atrevido á interrumpiros, padre Rafael; sin embargo, quisiera rogaros con un momento de silencio hasta que mi Clara se explique. (*Al padre.*) ¡Qué diantre! la vais á sobrecoger con vuestros sermones. (*Aparte.*) Aunque no hubiera venido el buen religioso... Á nadie se le ocurre... (*A Clara.*) ¿Qué ibas á decirnos, hija mía? Tranquilízate, no tengas reparo.

Clara. Tío y señor: venis á proponerme mis bodas con don Alvaro. Yo soy muy jóven, no me atrevo aun á pronunciar mi elección: ahora no me siento con fuerzas para abrazar el matrimonio. Esto no es desobedeceros, sino conocer que sería muy desgraciada si en este momento... con mis pocos años, tuviera que separarme de vos... y...

Conde. ¿Eso dices, Clarita? ¿hablas de veras? (*Al padre.*) Ahí teneis lo que son las contemplaciones. (*A Clara.*) Cuidado, Clara, con que sea otro el motivo de tu repugnancia. Cuidado con que yo sepa que abrigas en tu corazon ideas indignas de la clase á que perteneces. Mira, niña, que has de tener en el conde un inflexible enemigo de tus bajos pensamientos.

Clara. (Aparte.) ¡Es imposible que yo le descubra mi corazon!! (*Se asfige.*) Pero quiero salir de una vez de esta agonía.

P. Raf. No hay porque afligirse, señora. Teneis tiempo para reflexionar. Yo os prometo mis ausilios. (*Aparte.*) Sería un cargo de conciencia el violentarla al matrimonio.

Clara. No os irriteis, señor conde, contra mí. Soy una infeliz huérfana, estoy bajo vuestra tutela, cuento con vuestra bondad y con el cariño que desde pequeña me habeis mostrado. Vos no debeis formar un empeño en que yo acepte la mano del capitan Mendoza mi primo: no lo habeis formado sin duda. Pues bien, yo os aseguro

que no soy culpable, que me creo digna de mi nobleza y de la vuestra, que jamas por mí se verán manchados nuestros blasones.

Conde. Lo demas sería un crimen abominable que nunca obtendria mi perdón.

Clara. Pero, señor, yo no podré jamas enlazarme con el hombre que me proponeis. No sé, pero siento una oposicion invencible á ese enlace. Conozco las prendas que brillan en don Alvaro, y como parienta suya me complazco en estimarlas; ¿pero qué quereis que yo haga con este horror secreto que en vano intento sofocar?

Conde. ¿Que esto escuche de tí, desagradecida, ingrata, sin descargar el peso de mi justo enojo?

P. Raf. Señor conde, que os apasionais demasiado. Reprimid la cólera; doña Clara es virtuosa, y...

Conde. (*Bruscamente.*) ¿Dejadme en paz! (*A Clara.*) ¿Acaso ignoras, temeraria niña, que la mano del esposo que te ofrezco honraria á la doncella mas ilustre de España, y aun de fuera de España? ¿Sabes tú por ventura la estension del agravio que haces, irreflexiva? Los personales méritos de don Alvaro estan á la vista; sus hechos gloriosos andan en lengua de todos; su carácter, su afabilidad, sus modales... No quiero cansarme. Mi palabra está dada, le he ofrecido tu mano; para aceptarla le he hecho venir de Flandes y abandonar sus adelantos: mi palabra se cumple, y tú la cumplirás.

Clara. Os ciega la ira, señor; no os lastimais de la situacion amarga en que me hallo. Con lágrimas os lo suplico... Compadeceos de mí, siquiera por el amor que siempre os tuve. Os he dicho la verdad.

Conde. Aparta, aparta; quítate de mi presencia; vete, vete donde yo no te vea; que sino... ¡por mi nombre que haga un ejemplar contigo! (*Lleva la mano á la daga.*)

P. Raf. ¡Deteneos, señor conde, en nombre del cielo!

Clara. (*Aparte.*) Os obedezco. ¡Dios mio! ¡Dios mio! (*Al retirarse Clara el padre la detiene.*) (*El conde pasea airado.*)

P. Raf. (*A Clara.*) Debeis llevarlo con resignacion. Confiad en mí: yo leo en vuestra alma y conozco vuestros santos designios. La humildad, hija mia, asiste siempre á las que aspiran á ser esposas de Jesucristo.

Clara. ¡Padre Rafael, mi dolor es muy acerbo! (*Sollozando.*) ¡Dejadme al menos llorar!!!

P. Raf. ¡Inocente paloma! (*Aparte.*) Las piedras se enternecerían al mirarla.

Conde. (*Aparte.*) ¡No lo hubiera creído en mi vida! ¡Una víbora es lo que yo he criado en mi seno!

P. Raf. Ya lo veis, señor.

Conde. Sí, lo veo: gracias á vuestro celo inconsiderado... y al demonio...

P. Raf. (*Con solemnidad.*) ¡No blasfemeis!

Conde. (*A Clara qué está para salir.*) Doña Clara, oye mi última resolución. Por el esmero paternal con que te he criado, quiero dar treguas al desagravio de mi autoridad. Hasta mañana tienes de plazo para el arrepentimiento. De todo estás bien informada. Consulta con la soledad, y conocerás tu extravío. A Dios.

P. Raf. A Dios, señora; paciencia, y abnegacion.

Clara. (*Acompañándolos hasta la puerta.*) El cielo os guarde y me defienda. (*Vanse.*)

ESCENA VII.

DOÑA CLARA un momento suspensa; despues á la puerta de la servidumbre.

Un día solo nos resta. (*Llama.*) Otañez, ¡Hola! ¡pronto! Yo no sé lo que me pasa.

ESCENA VIII.

Entra Otañez con prisa.

Otañ. ¿Qué mandais, señora?

Clara. Sabes tú dónde vive don Pedro, ¿no es cierto? creo que es muy cerca de aquí. Vas á llevarle ahora mismo una carta: se la entregarás á él mismo, ¡cuidado! espérame aquí, voy á escribirla al instante. (*Vase.*)

Otañ. (*Solo, y despues Mendoza que entra sin ser visto.*)

Está visto, Dios me hizo para andar siempre en tercerías.

Mend. He de averiguarlo todo, nadie me ha visto entrar. (*Coge de un brazo á Otañez.*)

Otañ. ¡Dios mio! ¡favor!

Mend. ¡Silencio, ó mueres! Escoge entre este bolsillo, ó perder la vida. Tú diste ayer en el Retiro un recado á don

Pedro de Figueroa. ¿Adónde vas ahora? Le llevas algun nuevo mensaje sin duda. Tú hablabas de él. Respóndeme la verdad, y te premiaré bien; sino... te mato.

Otañ. Sois muy ejecutivo... acepto el bolsillo. (*Aparte.*) Estoy temblando.

Mend. Despáchate pronto, que vienen.

Otañ. (*Aparte.*) No hay sino cantar claro. (*Alto.*) Mi señorita va á salir, yo espero una carta que envia á don Pedro.

Mend. Está bien: basta, vé y cumple tu comision; cuidado que digas que me has visto aqui.

Otañ. No hay cuidado.

Mend. Ella viene; ; silencio! (*Vase por la puerta por donde entró.*)

Otañ. ¡Santos cielos! no vuelvo en mí... pero en fin, serviré al que mas paga: guardemos el bolsillo.

ESCENA IX,

OTAÑEZ. CLARA.

Clara. Esta es la carta; vé volando y dile que venga al momento, que venga contigo; y hazle entrar sin que nadie le vea: aqui aguardo. Sí, es menester tomar una resolucion. Figueroa es mio, y ha de ser mio aunque todo el mundo se oponga. Sí, es preciso que yo le vea. No hay medio entre ser suya, ó morir.

ESCENA X.

MENDOZA. CLARA.

Mend. Perdonad, doña Clara, si abuso tal vez del privilegio de primo y de novio para volver á verte y entrar hasta aqui sin hacerme anunciar.

Clara. (*Aparte.*) ¡Dios mio! este hombre es una maldicion que ha caído sobre mí. (*Alto.*) Cierto, señor don Alvaro, que á entrar asi en la habitacion de una dama, no creo que haya parentesco, por estrecho que sea, que autorice, y...

Mend. Y sino fuera, vais á decir, por lo mucho que me estimais, y no tener vos nada que ocultar de mí, os eno-

jariais sin duda conmigo. Lo sé, doña Clara, y sino hubiera confiado en el aprecio que os debo, los vínculos de sangre que nos ligan no me hubieran dado ánimo por sí solos para penetrar en tan sagrado recinto.

Clara. (Aparte.) ¡Y él va á venir de un momento á otro! *(Sofocada.)* No hay recurso, es forzoso romper de una vez. *(Alto.)* Caballero... las damas tenemos nuestros secretos, y... es una imprudencia...

Mend. Vengo tan cansado... *(Con mucha calma.)* con tu permiso, querida prima. *(Se sienta.)* En tu edad ¿cuáles pueden ser tus secretos? No hay que enojarse conmigo, vamos, ni ponerme mala cara por eso. Apuesto á que el escudero que acaba de salir te traerá algún regalo para nuestra boda con que tú querías quizá sorprenderme. ¿No es ese el secreto, Clara? *(Con intencion.)*

Clara. (Fingiendo una sonrisa.) Veamos si vale la astucia. *(Alto.)* Sí, pero... ¿por qué lo habeis acertado? es verdad, primo mio; yo quería sorprenderte; anda, vete, luego te lo enseñaré; ¿por qué me has de quitar ese gusto?

Mend. (Aparte.) La niña es una sirena. *(Alto.)* ¡Inocentilla! ¿y por qué me has de quitar tú á mí el gusto de sorprender tu secreto?

Clara. (Aparte.) ¡Pero... cielos, no se va! *(Alto.)* Si no os vais, don Alvaro, me iré yo.

Mend. Tampoco he de permitir eso: quiero que juntos examinemos el regalo que me tenias preparado, y que ha de traer tu escudero.

Clara. Señor don Alvaro, soy una niña; pero la sangre que hierve en mi corazón no consiente ultrajes de nadie. Os declaro terminantemente que quiero que os vayais de aquí, que no quiero que estéis aquí, y que no estaréis aquí ni un minuto mas. ¿No os vais? ¿y permanecéis sentado en esa silla, sonriéndoos y burlándoos de mí porque soy muger, porque soy débil, porque no tengo mas armas que mis lágrimas? Don Alvaro, llamaré á mis criados, contaré á mi tutor que habeis venido á ultrajarme, y os haré echar de aquí como mereceis.

Mend. (Con calma.) Y yo, doña Clara, llamaré tambien á vuestras criados, llamaré tambien á vuestro tutor, y delante de él y de todo el mundo haré ver que la niña criada en un conyento, inocente, sencilla, pura, y

que no gusta de saraos ni paseos, que se complace en la soledad, que vive entregada á sus dèvociões, y que aun conserva todo el candor y toda la simplicidad de la primera infancia, (*Con acritud.*) es una muger sin honor que se ha entregado á un hombre ilegítimamente.

Clara. ¡Mentís!

Mend. Que ayer le dió en el Retiro una cita, que anoche recibió música de él, y le ofreció darle entrada hasta su aposento mismo, para lo cual don Pedro Figueroa, que así se llama ese hombre, hizo retirar la música. Y en verdad que á no haber sido por un importuno que vino á disipar intempestivamente con su presencia las dulces ilusiones del honrado hidalgo, este templo del secreto, esta habitacion respetable de la inocente doña Clara, hubiera contado con un huésped mas, mientras ella abusaba del sueño y de la confianza de su tutor.

Clara. ¡Basta! sois un infame: vos sí que abusais de que soy muger: no quiero oiros mas tiempo. (*Va á irse, y Mendoza la detiene de un brazo con fuerza.*)

Mend. No, Clara; tendria aun mas que decir si llamarais gente, y tengo que deciroslo todo á vos poa evitaros esa vergüenza. No quiero quitaros públicamente la honra, ya que vos tan poco habeis mirado por ella en secreto. Ni penseis que me engaña esa cólera que aparentais y ese deseo de no oirme. Conozco cuál es vuestra intencion.

Clara. Don Alvaro, por favor, dejádmelo: ¿qué quereis exigir de mí?

Mend. El escudero que acaba de salir de aqui, lleva una carta tuya, inocente prima, para don Pedro Figueroa. No temais, la carta sigue su destino, y Figueroa la recibirá, y cumplirá con la exactitud que acostumbra la cita que en ella le dais. No, una cosa es que yo averigüe lo que haceis, y otra es que yo estorbe de ninguna manera... La cita se cumplirá, y don Pedro Figueroa no debe tardar en venir. Yo tambien le estoy esperando...

Clara. Añadis el sarcasmo al insulto, pero os engañais mucho si creis sacar de mí mejor partido de esa manera. Ya que lo sabeis todo, os digo que es cierto que amo á don Pedro de Figueroa, que le amo con todo mi corazon,

que él es el alma de mi alma, la vida de mi existencia, que no amaré nunca á nadie sino á él, y que ha de llamarme suya á despecho de todo el mundo. Si me obligais á decirlo en público lo diré, porque mi amor por él es puro, y no me costará vergüenza publicarle. Esta mañana cuando me hablasteis estuve por decíroslo, y á fé que hice mal en no hablaros con claridad. Primo mio, vos no me amais, yo tampoco á vos, pues hace dos dias que nos conocemos, renunciad á vuestras pretensiones conmigo, proteged mi amor, y yo os estimaré, y os lo agradeceré toda mi vida, y os deberé mi dicha, mi único bien, mi única felicidad. Sí, yo os lo suplico de rodillas, renunciad á mí; otras hay en el mundo mil veces mas hermosas que yo: ellas os amarán tiernamente, ellas se tendrán por felices enlazando á vuestra suerte la suya. Tened piedad, don Alvaro. Vuestra prima os pide este favor por lo que mas amais en el mundo.

Mend. Alzaos, doña Clara, del suelo. ¡Vive Dios que estais loca, y que le amais de veras...! Y á fé que es digno de vuestro linage entregaros á un hidalguillo de mala suerte.

Clara. (Llora.) ¿No os enternecen mis lágrimas?

Mend. No, Clara: cada lágrima que derraman por ese hombre tus ojos, cae sobre mi corazon, y aumenta el mar de mi cólera. Yo aborrezco á ese hombre, y á tí te amo: nunca renunciaré á tu mano. En este mundo todos buscamos nuestro bien estar, nuestra felicidad. La tuya dices que consiste en ese hombre; la mia yo sé de fijo que consiste en tí: te tengo en mi poder, y sería yo muy necio si por hacer á otro dichoso me condenara á ser desgraciado para siempre.

Clara. ¡Hombre malvado! Dignas son tus palabras de la perversidad de tu corazon. Tú dices que no quieres renunciar á mí... pues bien; yo te detesto, abomino de tí, y todo lo preferiré á ser tuya. ¿Y para qué necesito yo que tú cedas de tus pretensiones? ¿No soy yo libre? Yo me vengaré de tí, sí; tú me verás en brazos de ese hombre que aborreces y que yo adoro, tú nos verás juntos y dichosos, y tu tormento será el del condenado que en el infierno imagina la gloria del paraíso.

Mend. Pero tú no has pensado que desde aqui hasta ese

paraiso de que tú hablas hay un camino que andar. Tú no has pensado en las malezas, en las escabrosidades, en los peligros que hay que vencer. Tú te has olvidado que estoy yo aquí, que don Pedro de Figueroa, el dichoso, va á llegar de un momento á otro, y que cuando me vea aquí solo, y mano á mano contigo, sospechará de tí, que yo aumentaré sus sospechas con mis palabras, y que si es hombre de honor, te abandonará; porque no querrá ser el esposo de la muger que entretiene dos galanes á un mismo tiempo. Tú no has pensado...

Clara. ¡Él me creerá á mí, y no hará caso de tus mentiras!

Mend. Te engañas: la duda quedará eternamente royendo el corazon de ese hombre; y la duda, Clara, basta para que nunca podais ser dichosos. Ni él dará tampoco su mano á una muger cuya opinion esté en dudas.

Clara. Él sabe que yo le amo, y nunca podrá dudar de mi fé. Yo le contaré lo que ha sucedido, le haré ver tu infamia, y él no amará menos á su Clara á despecho de todas tus trazas y tus mentiras.

Mend. Pero don Pedro es hombre, y yo llevo una espada que, cuando no crea en mis palabras, le hará no dudar de mis hechos.

Clara. ¡Dios mio! ¡intentais asesinarle!

Mend. Siento ruido, y es él sin duda; sosiégate, acércate, Clara. Sino, me acercaré yo á tí, y es lo mismo.

(Se pone dando la espalda á la puerta delante de ella, de modo que parece que la habla amorosamente. Clara hace un esfuerzo para arrancar de él la mano que la habrá tomado, y en este instante entra Figueroa.)

ESCENA XI.

DICHOS. DON PEDRO DE FIGUEROA.

Clara. Soltad, sois un villano.

Mend. *(Afectuoso.)* ¡Ídolo mio!

Figue. *(Pone mano al puño de la espada.)* ¡Cielos! ¡qué veo! ¡es él! ¡traidora!

Mend. ¡Quién va?

Clara. (*Corriendo al lado de don Pedro.*) ¡Don Pedro, favorecedme!

Mend. (*Con calma.*) ¿Y de quién os ha de favorecer don Pedro? ¿de mí, que os amo, y á quien acabais de prometer vuestra fé? Pardiez que habeis perdido el juicio, doña Clara: ¿ó es acaso por disimular?

Figue. (*Furioso.*) Mentís, mentís como un mal caballero que sois.

Clara. (*Acogiéndose á don Pedro.*) No le creais, no le creais, yo no amo sino á vos. Él es el que me persigue, el que ha jurado mi perdicion.

Mend. Señor don Pedro de Figueroa, refrenad la ira, porque temo que la cólera os va á ahogar. Mi señora, la marquesa, está destinada para ser mi esposa, y en verdad que me estraña ahora su comportamiento. Debeis creer que soy hombre de honor, y que si algunos favores hubiera merecido de ella, no habrian sido arrancados con violencia. Ademas, quisiera saber qué viento os ha traído aqui, y quién os ha dado vela en este entierro, porque ni como deudo ni como amigo de la casa os conozco.

Figue. (*Refrenándose.*) Señor don Alvaro, teneis razon. Desearia responderos á las preguntas que me haceis, y para eso, si os parece, podemos ir á continuar la conversacion á otra parte.

Clara. (*Muy agitada, á Mendoza.*) No, don Alvaro, no, tened compasion de mí; don Pedro, si me amais, si me creais... (*Aparte.*) ¡le va á matar!

Mend. No temais, doña Clara. No pienso salir de aqui por ahora, y quiero que seais testigo de esta interesante conversacion. Señor don Pedro, para hablar es necesidad ir á otra parte, y conviene ademas que doña Clara entienda de lo que tratamos.

Figue. Salid, ó por Santiago... que es propio de un villano insultar á una muger de ese modo.

Mend. ¡Sangre fria, señor don Pedro! Os aseguro que si hubierais corrido los temporales que yo en mi vida, habriais echado mas calma. Cuando se está seguro del brazo y de la espada, se deben esperar con sangre fria los sucesos: ademas, á mí me divierte, os lo confieso, vuestra rabia y la angustia de mi pobre prima, que tanto teme por vos.

Figue. Dad gracias á ella, que sino ya os hubiera atravesado aqui mismo.

Clara. ¡Dios mio! ¡mi vista se desvanece, yo necesito aire, no puedo respirar apenas! ¡favor! ¡yo muero! (*Cae desmayada en una silla.*)

Mend. (*Va á acercarse Figueroa á ella.*) Alto allá, don Pedro, bien está asi, no teneis para que llegaros á ella. (*Deteniéndole.*) Haced cuenta que esta es la última vez que la veis, y que yo os lo prohibo en adelante.

Figue. Salid, salid, que ya no puedo refrenar mas tiempo mi ira. ¡Salid, salid!

Mend. Miradla, miradla otra vez; quiero que la veais despacio esta vez. ¡No es verdad que está hermosa? Vamos, y despedíos para siempre de ella.

Figue. (*Con violencia.*) No la habeis de ultrajar otra vez, os juro. Sí, vamos. (*Vanse.*)
(*Cae el telon.*)

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO

Cuadro primero.

~~~~~

Antecámara de audiencias en el palacio del Buen-Retiro.

#### ESCENA PRIMERA.

EL CONDE DE PIEDRAHITA. *Varios señores de la corte.*  
*Despues MENDOZA.*

*Conde.* **B**uenos dias, nobles señores. (*Saliendo de la cámara real.*)

*Cort.* 1.º Bien venido, conde de Piedrahita.

*Conde.* S. M. va á aparecer de un momento á otro en la audiencia. Está ocupado con los últimos despachos llegados de Alemania.

*Cort.* 2.º ¿Tenemos buenas nuevas, señor camarero? ¿Cómo van por allá las armas?

*Conde.* Como por todas partes, caballeros. Tilly acaba de darnos un nuevo día de gloria. No sé pormenores; pero los rebeldes quedan mordiendo la tierra.

*Cort.* 3.º Las entrañas habian de morderse aquellos perros rabiosos. Diera la mitad de mi vida por arrojar con mi mano á los infiernos al herege de Brunswich.

*Conde.* Cualquiera os creeria vengativo, segun lo arrebatado que sois, don Ponce.

*Ponce.* La sangre se me enciende cada vez que recuerdo las atrocidades de ese monstruo.

*Conde.* Amainad la ira, que Dios venga sus injurias. (*Pasando á otro corro.*) No quedarán los rebeldes sin castigo. (*A los otros.*) Salud, gentiles-hombres. ¿Qué se dice del nuevo gobierno? ¿Qué voces corren en el pueblo?

**Cab. 1.º** Alabanzas nada mas, y mutuos parabienes. Todos maldicen la pasada administracion de los de Lerma y Uceda, y esperan que no quedará en los cargos públicos ninguno de sus ahijados.

(*Oyense los del primer corrillo.*)

**Cort. 1.º** No señor: no se debia dar cuartel á ningun condenado de esos.

**Cort. 2.º** Creedme, señores, la tregua con los de Holanda fue de muy mal ejemplo.

**Cort. 1.º** Siempre estuve por la guerra, contra el dictámen del cardenal ministro: por eso cabalmente tuve que salir de la corte.

**Ponce.** Pero es menester conocer á Brunswich. Es el hombre mas malo de la tierra. ¡Si eso estremece! ¡Un obispo que se titula *enemigo de los sacerdotes...*!

**Cort. 1.º** Sí: y amigo de Dios.

**Cort. 2.º** Con mayor impiedad y escándalo que los mismos hereges se dice que profana los templos, roba los vasos sagrados, escarnece á los santos en sus altares...

**Ponce.** Ó sino lo de Munster cuando llenó de insultos y blasfemias á los doce apóstoles de la catedral, enviándolos despues á la casa de la moneda para saciar con la plata su avaricia.

**Cort. 2.º** ¡Qué atrocidad!

(*Oyense los del segundo corro.*)

**Cab. 1.º** El manifiesto del conde duque de Olivares tiene muy satisfechos todos los ánimos.

**Conde.** Es el conde duque gran político y muy amante del bien público.

**Cab. 2.º** Es el primer estadista del siglo, y el mayor que ha gobernado á España.

**Conde.** Ahora se preparan reformas muy importantes. Inmensos caudales entran en el tesoro. Habrá conquistas por todas partes: las flotas de las Indias llegarán seguras á nuestros puertos, y el reinado de Felipe el Grande será eterno en la memoria de los hombres.

(*Varios pasean.*)

**Pach.** (*A Robleda.*) Muy callado estais, alferoz Robleda.

**Rob.** Á Dios, señor Pacheco: no habia reparado en vos.

**Pach.** ¿Estais de mal humor, ó qué os pasa?

**Rob.** Ando en mis pretensiones, y si duran os juro... que he de reventar de cólera el mejor día.

*Pach.* ¿Cómo es eso! ¿os han hecho injusticia, ó no encontráis valedores?

*Rob.* Ni yo sé lo que me sucede. La verdad es que el aire de estas antecámaras no aprovecha para mis pulmones. Voto al sol de Julio, que á un soldado no debían traerle jamas á la sombra de estas bóvedas. Por ahí, todo se vuelven batallas, y tajos y rebeses, marchas, bombardeos y redobles, mientras que yo... ¡voto va...!

(*Óyense los del segundo corro.*)

*Conde.* ¿Lo de nuestras naves...? Todo se confirma á medida del deseo. Ribera desbarató la escuadra argelina, la de los turcos sucumbió cerca de la Goleta á manos del almirante de Sicilia, y Guillermo de Nasau ha caido por la mar sobre Amberes.

*Cab. 4.º* ¡Es un prodigio el conde duque!

(*Mendoza entra.*)

*Pach. (A Robledo.)* Perdonad, alférez. (*Sale al encuentro de Mendoza.*) ¿Adónde bueno tan de prisa, don Alvaro?

*Mend.* ¿Has visto á mi tio?

*Pach.* Allí le tienes. ¿Pero no me dices nada? ¿En qué paró lo de la serenata?

*Mend.* Chico, estoy de prisa; déjame. No hay cosa particular.

*Pach.* Poco á poco, amigo Mendoza; no me vengas con misterios. ¿Adónde ibas ayer tarde con Figueroa? Mira que ya se habla de un duelo, y no tendría gracia que te hicieran andar á sombra de tejado.

*Mend.* ¿Se habla de un duelo? pero cómo, ¿qué se dice?

*Pach.* Desde luego presumí lo que podría ser ello, y he procurado desmentir la noticia... Á ver, sepamos qué ha habido.

*Mend.* ¿Qué habia de haber! Lo de costumbre, ya me conoces: salimos al campo, y allí se quedó...

*Pach.* ¿Pero le viste morir?

*Mend.* Para el caso es lo mismo. No le habrá costado mucho trabajo el morirse, porque le atravesé de parte á parte.

*Pach.* ¡Chist...! Baja la voz.

*Mend.* No hay cuidado: estan charlatando todos.

(*Óyense los del primer corro.*)

*Cort. 1.º* Si ha de embarcarse la infanta doña María, tendrán que irse antes de que pase el buen tiempo.

*Cort. 2.º* Es buen mozo el príncipe inglés; pero no me parece á mí cosa buena.

*Ponce.* Si viérais cómo entiendo yo que... me atreveria á apostar á que no se casa con la infanta.

*Cort. 2.º* ¡Qué sé yo...! Él está muy enamorado: todos los dias viene al cuarto del rey, donde se le hacen mil distinciones...

*Cort. 1.º* Pues ahí está el negocio; en que tenga que volverse como vino, y dar las gracias encima.

(*Óyese á Mendoza y á Pacheco.*)

*Pach.* ¿Con que ella sabe la muerte de su amante?

*Mend.* Me importaba que la supiera.

*Pach.* Pero... ¿y si vive?

*Mend.* ¡Milagro será!

*Pach.* Bien; pero bueno es ponerse en lo peor.

*Mend.* De mi cuenta corre el que jamas se comuniquen.

*Pach.* Cuidado con lo que se hace.

*Mend.* Cuento contigo de veras.

*Pach.* Pues que nos veamos.

*Mend.* Dentro de una hora. En casa de las Carvajalas, como anoche.

*Pach.* Á Dios. (*Vase.*)

*Mend.* (*Dirigiéndose al corro donde está su tío.*) Buenos dias, señores.

*Conde.* Bien venido, don Alvaro. (*Hácenle una reverencia.*)

*Mend.* (*Al conde.*) Deseo hablaros brevemente.

*Conde.* Con vuestra licencia, caballeros. (*Se pasean.*)

*Cab. 1.º* (*A los demas.*) Sobrino suyo y capitan de caballos.

*Mend.* Perdonad, señor, mi impaciencia, que ya conoceréis lo natural que es en mí. Ayer me prometisteis la resolución de mi prima en favor mio. ¿Podré saber...

*Conde.* No dudo que ya se haya resuelto á recibir tu mano. Pero la asistencia á la corte no me ha permitido hasta ahora oirlo de su boca.

*Mend.* ¿Y vos creéis que no manifieste oposicion alguna?

*Conde.* (*Aparte.*) El pobre capitan sospecha sin duda...

(*Alto.*) ¿Y á qué habia de oponerse mediando yo y tu bizarría?

*Mend.* Tío, sois demasiado bueno y nada recelais de Clara; pero...

*Conde.* Di, sin detenerte.

*Mend.* Con mis ojos he visto que ella pertenece á otro hombre, y por él atropella su honra y desprecia su sangre.

*Conde.* ¡Habrás visto iniquidad semejante! ¿Y son estos

los motivos secretos de su porfia... Sí, lo creo, lo creo de esa... (*Abrense las puertas de la cámara.*)

## ESCENA II.

EL REY. CLARA. EL CONDE DE PIEDRAHITA. MENDOZA. EL  
CONDE DUQUE DE OLIVARES. VARIOS SEÑORES.

*Un page.* ¡El rey! ¡el rey! ¡plaza! ¡plaza!

(*El rey joven acompañado del conde duque. Todos les hacen reverencias: algunos entregan sus memoriales al rey, quien los remite al favorito. Otros se retiran á la voz del rey.*)

*Rey.* (*A todos.*) ¡Hola, conde de Piedrahita! ¡Hola, don Ponce! Caballeros, os saludo. (*Al conde duque, dándole memoriales.*) Tomad, don Gaspar de Guzman; me informareis de las súplicas: no quiero haceros agravio recomendándoos la justicia.

*Oliv. V. M.* conoce mi celo por el bien público, y sabe honrarle como quien es.

*Rey.* Mucho os debe mi corona, conde duque.

*Oliv.* Yo espero, señor, que algun día...

*Rey.* (*Volviéndose á los señores jóvenes.*) Ahora bien, amigos, ¿cómo estamos de galanteos en estos días de primavera? ¿Qué tal, marqués, contais muchas conquistas en la última semana?

*Cab. 1.º* Señor, donde V. M. guerrea, no puede haber sino triunfos y gloria.

*Rey.* Cuidado no os cuesten caras esas victorias, pues á lo que yo entiendo, la hermosa doña Mencía no debe de ser tan sufrida como enamorada.

*Uno.* ¡Pardiez que tiene noticia de todo!

(*Siguen hablando, y el rey muy risueño. Óyese al conde y á don Alvaro.*)

*Mend.* (*Como sofocado.*) Es una mengua, señor, y jamas podré yo consentir...

*Conde.* Descuidad, don Alvaro, que yo soy el ofendido; y os aseguro por mi nombre que ha de pesarla de su desenvoltura... Venid, sobrino, á cumplimentar al ministro.

(*Se dirigen al de Olivares.*)

*Oliv.* Aun no os he hablado esta mañana, conde amigo.

*Conde.* Permitid que el señor don Alvaro de Mendoza,

- mi sobrino, os dé gracias por las mercedes recibidas.
- Oliv.* No son mercedes sino las que pienso por vuestra mediacion hacerle en adelante.
- Mend.* V. E. me tiene muy obligado, y mi lealtad...
- Rey.* (*Volviéndose con gran risa.*) Atiende, conde duque.
- Oliv.* (*Acudiendo.*) ¡ Señor...!
- Rey.* (*Con liviana curiosidad.*) ¿ Con quién estabais hablando?
- Oliv.* (*Al conde.*) Conde de Piedrahita, S. M. pregunta por vuestro sobrino.
- Conde.* (*Presentándole.*) Concededme, señor, el honor de ponerle á vuestros augustos pies.
- Mend.* (*De hinojos.*) Nunca he sido, señor, tan dichoso como en este momento, que mi gratitud no olvidará jamas.
- Rey.* (*Que ha oido al ministro en secreto.*) Alzad del suelo, capitán; venid á mis brazos, que sé vuestro valor y nobleza, y deseo honraros mucho. (*Le abraza. Mendoza se retira un poco por respeto.*)
- Uno.* ¿ Qué tal, amigos? me parece que el recién venido no malgasta el tiempo.
- Otro.* El rey es del conde duque, y Olivares de Piedrahita.
- Otro.* ¡ Siempre lo mismo en palacio!  
(*Entra un ugier.*)
- Ugier.* (*Al rey.*) Señor... una dama descubierta pide audiencia.
- Rey.* (*Al de Olivares.*) ¡ Una dama!
- Oliv.* Haré despejar la cámara.  
(*Hace señas: todos se retiran, menos el conde y Mendoza.*)
- Rey.* (*Al ugier.*) Dejadla entrar... (*Aparte.*) ¿ Quién podrá ser esta tapada? (*Vase el ugier.*)  
(*Entra Clara en desorden y sollozando.*)
- Clara.* (*Corriendo á los pies del rey.*) ¡ Señor, señor! ¡ justicia, venganza contra un asesino feroz!
- Rey.* (*Con estrañeza.*) Levantad, señora; ¿ quién sois? ¿ de qué os quejais? ¿ qué quereis de mi justicia...?
- Mend.* (*Al conde.*) ¡ Ella es...! ¡ qué atrevimiento! Soy perdido. Señor conde, ¿ la conoceis?
- Conde.* ¡ Cielos! ¡ mi pupila! ¡ imprudente...! ¿ qué es lo que viene á buscar aqui? (*Va hácia ella. Mendoza le detiene.*)

*Mend.* Oídme, señor, oídme: necesito decíroslo todo. (*Hablan con azoramiento.*)

*Clara.* (*Sin levantarse.*) ¿Qué no me conocéis? Yo soy la marquesa de Palma, la infeliz doña Clara de Toledo, en mal instante nacida. No tengo ni un apoyo en la tierra: yo conjuro todo vuestro poder, rey de España, invoco vuestra justicia para tomar estrecha cuenta de su muerte á la furia infernal que la cometió. Acabo de saberlo. Señor, ayer mismo... ¡día de maldición! Aún su pecho no está frío, y su sangre generosa brota por las anchas heridas... ¡Monstruo execrable! ¡el mismo infierno se horrorizaría de tu crimen!

*Rey.* Pero, señora, no os entiendo: calmad esa agitacion que os abrasa. Alzaos... el rey os escucha: podeis estar segura de alcanzar justicia.

*Conde.* (*Con ira á Mendoza.*) ¡Vil seductor! bien hecho; ¡yo le hubiera arrancado las entrañas! (*Siguen hablando.*)

*Clara.* (*Levantando los ojos.*) ¿Segura decis...? pues bien: ¿entonces á qué tarda en caer sobre el culpable la cuchilla? Nadie me arrancará de vuestros pies hasta comunicaros un rayo siquiera del fuego vengador que me devora. (*Con ternura.*) ¡Figuroa: amor mio, lumbre de mis ojos! ¡robado para siempre á mi cariño! ¡tú me estás mirando sin duda aqui de rodillas llorando tu muerte y maldiciendo á tu asesino!!!

*Rey.* Su dolor me entenece: ¡tan jóven y con tanta amargura...! Señora, recobraos, volved en vos por vuestra vida.

*Clara.* ¡Mi vida! ¿y qué importa mi vida sino me sirve para vengarle? Sí, mi don Pedro, tú me escuchas ahora: tú te levantaste del ensangrentado terreno en que yacías para seguir silencioso mis pasos invisible y áirado. ¡Esposo malogrado! yo juro ser fiel á tu ofensa, como lo fui al cariño que me tuviste. Gran rey, yo te pido la cabeza de un traidor, como precio mezquino de una sangre generosa.

*Rey.* Reveladme á lo menos el nombre de ese homicida.

*Clara.* ¡Su nombre! ¿qué no os lo he dicho ya? ¡ah! sí: ¿quereis saber quién es para arrojarle al verdugo...? ¡Oh! placer inexplicable... Oid, oid, voy á deciros su nombre.

*Mend.* (*Inquieto.*) El rey está conmovido, ella va á designarme á la indignacion de su pecho.

*Conde.* Serenidad, sobrino, que yo respondo de vos.

*Clara.* (Con ahinco.) Es don Alvaro de Mendoza, el capitán, mi primo...

*Conde.* ¡Mientes, muger infame y desenvuelta...!

*Rey.* Señor conde, reparad que estoy yo aquí.

(A la voz del conde levanta Clara la cabeza, y conoce á Mendoza; álzase del suelo y huye horrorizada al lado del rey, señalando.)

*Clara.* ¡Tú también aquí, demonio del averno! vienes á manchar el altar de la justicia; quieres recrearte en mi desesperación y escarnecerla con una carcajada diabólica. No... tiembla, tiembla por tí, malvado, porque dentro de poco vas á comparecer delante de Dios y de tu víctima.

*Mend.* Esta muger está endemoniada. (Aparte.) No puedo mirarla frente á frente.

*Clara.* (Al rey.) Ahí le tenéis, señor, delante de vos; ese es don Alvaro, miradle. Con esa espada atravesó el pecho de don Pedro de Figueroa. Yo os lo digo, señor; yo le acuso solemnemente de matador alevé, y respondo con mi cabeza.

*Mend.* (Calma afectada.) No hagais caso, señor; mi prima doña Clara está loca; sin disputa que ha perdido la cabeza.

*Rey.* (Severo.) Capitán, esperad en adelante mi licencia para hablar donde está el rey.

*Clara.* Señor, permitid que yo no me aparte mas de vuestro lado. Yo soy huérfana, sola en la tierra, sin mas atención en el mundo que la de recordaros á cada hora un crimen horrendo. (Llora.)

*Rey.* Basta, doña Clara. Don Alvaro, quiero saber vuestra respuesta á la acusación que acabais de oír.

*Mend.* Todo es falso, señor.

*Clara.* ¡Falso! ¡falso! ¡El cielo te confunda! no le escuchéis, señor, no le escuchéis.

*Rey.* Conde duque, os encargo muy particularmente este asunto. Tened entendido que esta dama queda desde ahora bajo mi inmediata protección. Que don Alvaro sea guardado en una torre hasta que yo decida otra cosa. ¿Me habeis entendido? Ahora, acompañad á la marquesa y ejecutad mi voluntad.

*Clara.* ¡Dios mio! ¡Dios mio! no permitais que ese monstruo quede impune. (El rey vase retirando.)

*Oliv.* ¡Guardias! (*Aparecen.*) Rendid la espada, caballero.  
 (*La rinde: le conducen: Olivares va á acompañar á Clara.*)

*Conde.* ¡Muger deshonrada! ¡con lágrimas de sangre has de llorar tu ignominia!

FIN DEL CUADRO.

---

---

## Cuadro segundo.

---

Una sala en casa de doña Clara.

### ESCENA PRIMERA.

DOÑA CLARA *enlutada.*

¿Y el rey no le ha sentenciado á morir? Y el infame vive y respira, y ve la luz del sol; ¡y tú, ídolo de mi vida, yerto, inmóvil para siempre! ¡Oh! es insufrible: mi mi corazón se despedaza de dolor. ¿Y yo vivo aun? ¡Ah! ¡Don Pedro! sí, yo vivo; sí, para vengarte. Todo el frenesí de tu amor, el delirio con que te adoraba, es leve y frívolo sentimiento comparado con la pasión de venganza que me devora. Pasión volcánica, pasión que alimenta mi vida, que aun me regala con esperanzas, que enciende mi alma en inapagable sed de la sangre de tu asesino. (*Con ternura.*) ¿Pero yo no te veré mas, nunca mas? ¿y ni mis lágrimas, ni mis suspiros, podrán volverte á la vida? ¿Y él vive? ¿y aunque muriera tampoco quedaria vengada tu muerte? ¡A él nadie le ama, nadie sufriria por él, como yo sufro por tí, esposo mio! ¡á nadie haria falta, como tú me la haces á mí! El rey ha tenido compasión de su juventud, él no la tuvo de tí. ¡Ah, don Pedro! Tu asesino atravesó tu corazón con su espada al mismo tiempo que el mio...

### ESCENA II.

MENDOZA. (*Entra sin ser visto, y la observa.*)

*Mend. (Aparte.)* ¡Aqui está, llorando! Es menester que se case conmigo; ¡Monja...! ¿y se niega á profesar luego...?

*Clara.* ¡Dios mio! ¡qué he hecho yo para ser tan desgraciada? ¡yo nunca he querido la desgracia de nadie! ¡Y es él acaso mas feliz ahora? ¡ahora teñido en la sangre del que era mi único bien! ¡Qué quiere de mí ese hombre? Ni me ama, ni podia esperar de mí que yo le amase jamas... ¡Don Pedro, esposo mio! ¡Dios mio! ¡Dios mio! dadme fuerzas para padecer, y lágrimas para llorarle toda mi vida. (*Ve á Mendoza.*) ¡Pero qué veo! ¡es él! ¡él!!

*Mend.* Doña Clara, tranquilizaos.

*Clara.* ¡Infame! ¡huye de aqui! ¡vienes á ultrajarme otra vez! ¡Tú, manchado con la sangre de mi esposo! ¡Maldito, maldito seas!

*Mend.* (*Aparte.*) Suframos el granizo hasta que escampe. (*Alto.*) Clara, cálmate, tengo que hablarte, y á nadie interesa tanto como á tí lo que ahora me trae á tu presencia.

*Clara.* (*Sin escucharle y delirante.*) Pero tú has desobedecido al rey. Él te ha mandado á una prision, y tú no has cumplido con su mandato. Y has violado y allanado la casa de su pupila. ¡Ah! ¡y quieres esconderte aqui, y vienes á implorar mi favor! ¡Oh! momento feliz, ojalá fuesen tigres los que te persiguen, y yo te entregaria tambien á ellos para que te hicieran pedazos. ¡Correré... sí, á la reja; gritaré; avisaré que está aqui...! (*Va á correr, y Mendoza la detiene.*)

*Mend.* ¡Clara, Clara, tú deliras! ¡te has vuelto loca! (*Clara le mira con los ojos desencajados, se arranca de él, y huye atemorizada. Mendoza la contempla sorprendido. Ella se deja caer en una silla, falta ya de esfuerzo y estremadamente abatida. Llora. Mendoza va acercándose poco á poco. Mientras él la habla, ella levanta de cuando en cuando el semblante contraido, y con siniestras miradas, ya fija sus ojos en él, ya registra al rededor como temerosa.*)

¡Clara! ¡Pobre Clara! (*Fingiendo ternura.*) No creas que venga á ultrajarte, no. Tu situacion es demasiado amarga para no conmover el corazon mas empedernido. (*Aparte.*) Verdaderamente, da lástima. (*Con frialdad.*) No, no me creas tan perverso que pueda gozarme nunca en verte derramar lágrimas. Son demasiado ricas perlas para desperdiciarlas de esa manera. Tu dolor, pobre Clara,

ha penetrado mi alma. Pero tu hermosura tiene la culpa de todo. Una sola palabra disculpa mis yerros. Quizás soy á tu vista un monstruo, un malvado. No, Clara, no soy sino un hombre á quien la luz de tus ojos enamoró desde el punto en que te vi, un hombre que te ama con locura. Es verdad; tú amabas á otro; pero ¿podía yo sufrir un rival feliz? He hecho mal, Clara, pero mi amor por tí debe disculparme. Nuestro tío, el padre Rafael, todos se han indignado contra tí, por el paso que distes esta mañana; todos menos yo, que te amo. Tú pedías contra mí justicia, tú demandabas mi muerte al rey; pues bien, Clara, mientras que de ese modo espresabas tu odio y tu resentimiento, mientras implorabas venganza contra el matador de tu amante, yo te contemplaba mas bella, mas hermosa que nunca; yo te perdonaba en mi corazón. Porque tu enojo realzaba la sin par belleza de tu semblante. Y ahora, si he venido á verte, si me he atrevido á turbar tu pena, he venido por tu bien...

*Clara.* (Con abatimiento y dolor.) ¡Por mi bien! ¿Pero quién os ha traído aquí? La orden del rey...

*Mend.* ¡La orden del rey! El rey pudo mal informado mandar lo que tú oíste; pero despues cambió de pensamiento, y ha revocado la orden. Clara, tú no sabes lo que pasa en la corte. Los reyes son por lo comun, quando se dejan guiar por sus favoritos, como los niños pequeños; cualquiera cosa los irrita, cualquier palabra los calma. Tus lágrimas enternecieron al rey, en aquel momento se dejó seducir de tus discursos, me mandó encerrar en un castillo, y á tí te tomó bajo de su protección. Pero despues prevalecieron las razones del conde y de mis amigos, y el rey miró como una calaverada mi desafío; tus amores, como el pasatiempo de una niña; y tu queja, como una desenvoltura impropia de tu sexo, de tu educacion y tu gerarquía. El enojo que le causó lo que ellos llaman tu descaro, fue tal, que ha mandado te encierren en un claustro sin otra consideracion contigo que la de dejar á tu eleccion el convento donde se ha de sepultar tu vida.

*Clara.* (Con despecho.) Y tú, hombre infame, has venido á anunciarme todo eso para gozarte en tu triunfo y en mi desventura. Tú has pensado que la venganza que yo

habia conseguido esta mañana habia aliviado el tormento que abruma mi corazon, te has dicho á tí mismo: *voy á verla llorar, á verla sufrir, y á desvanecer has- ta las ilusiones que en su tristeza la quedan. Yo he tras- pasado su corazon ayer con mi espada asesinando á su amante: hoy voy á gozarme en envenenar su alma; voy á deleitarme en su abatimiento.* (Con energia, y enju- gándose los ojos.) Pero, don Alvaro, os engaÑais. Me habeis visto llorar, pero ya no lloro, ya no volveré á derramar una lágrima: el fuego que arde en mi corazon vengativo las va á secar para siempre. Yo no quiero ya nada en el mundo, nada sino vengarme de tí. Y no me creas impotente, ¡no! porque me vengaré. ¿No lo veis? ¿No lo veis? Mis ojos ya no derraman lágrimas. Rayos habian de lanzar, rayos que te hicieran cenizas.

*Mend.* Sí, desahógate, Clara, sí, desahógate, y yo me daré mil veces la enhorabuena si tu corazon se calma de esa manera.

*Clara.* Lo sé: para tí los insultos son palabras que lleva el viento, sonidos que nada significan. Pero ¿qué demonio del infierno te trajo aqui para impedir mi felicidad? ¡Monstruo! ¡que me causa horror verte!

*Mend.* Verdaderamente que no sé yo mismo si fue un an- gel ó un demonio el que aqui me trajo de Flandes. Pe- ro, lo que es ahora, me trae á verte un asunto que á na- die importa tanto como á tí.

*Clara.* ¿A mí? ¿Y qué puede importarme á mí ya nada en el mundo?

*Mend.* Sí, Clara, á nadie importa tanto como á tí, á na- die: tranquilízate y óyeme. El rey ha dado orden, á rue- go de tu tutor, de aprisionarte en un claustro. Quiere que llores alli toda tu vida tu arrepentimiento. ¡Imbé- ciles! ellos no te han mirado como yo: no han sentido en su corazon de hielo el influjo de tus encantos, y en su fria justicia te han condenado á sepultarte viva en una tumba.

*Clara.* ¡La tumba! ¡alli está ahora todo mi amor, toda mi esperanza, toda mi felicidad!

*Mend.* Sí, Clara, en la tumba, sino se encuentra eso que tú dices, quizás se halle el reposo eterno, quizás... ¡Quién sabe...! Pero en la tumba que el rey te prepara se pa- decen todas las amarguras de la vida, sin que ninguno

de sus goces alumbre con un rayo de luz la noche eterna de la tristeza.

*Clara (Con odio.)* Pero no os veré nunca allí, ¿no es verdad?

*Mend.* Allí, cada día que pase vendrá á renovar tus recuerdos: cada día te traerá mas á la memoria tu primera edad: porque sin presente y sin porvenir, tu vida será un continuo recuerdo de lo pasado; créeme.

*Clara.* Nunca lo será mas que ahora, ahora que te tengo delante de mí. Pero de una vez, acabemos; ¿qué quereis decirme con todo eso? vuestra presencia me es insoporable. Es en verdad extraño que os inspire yo tanta lástima.

*Mend. (Aparte.)* Si yo estuviera seguro de que profesaba; pero el año de noviciado... *(Alto.)* Clara, mira, otro hombre que no te amara como yo, que no sintiera por tí el interes, la ternura que afecta mi corazon en favor tuyo, quizá se valdria del influjo que el poder y mi ventajosa posición me conceden sobre tu suerte. Quizás se aprovecharia de la orden del rey para hacerte entrar en un convento: y no ambicionando mas que el título de marqués de Palma, y tus riquezas, no titubearia un instante en heredarte en vida. Pero yo soy mas generoso, ó por mejor decir, yo te amo demasiado para pensar en el esplendor ni en las rentas de tu marquesado.

*Clara. (Con amargura.)* Yo lo hubiera dado todo por haber sido feliz con mi esposo! ¿De qué me sirven ahora las riquezas, ya que no valen para engrandecer y dar honra al hombre que dominaba mi corazon...!

*Mend.* Otro hombre te diria: *Clara, lo pasado ya no tiene remedio; perdonémonos mutuamente: elije entre ser mi esposa ó renunciar para siempre al mundo.* Pero yo...

*Clara. (Irritada.)* ¿Y tú no adivinas lo que yo responderia á ese hombre?

*Mend.* Sosiégate, Clara; es menester que atiendas á mis palabras: te va mucho en ellas para que las desoigas y no hagas caso de ellas. Yo no quiero mas que tu bien: óyeme por favor. Yo te amo, yo te prometo adivinar tus pensamientos, yo necesito de tí, necesito en fin llamarte mi esposa.

*Clara. (Con ira.)* ¿Yo tu esposa! ¡malvado! ¡yo la esposa

del asesino de... ¡Sí, yo sería tu esposa, y te estrecharia entre mis brazos si pudiera ahogarte con ellos...! Don Alvaro, pronto, salid de aqui... ¡Hola! ¿qué, no estoy yo en mi casa? Salid de aqui, hombre villano.

*Mend.* Mirad, Clara, que no sabeis lo que os decis: reflexionad sobre lo que os he hablado.

*Clara.* Repito que salgais de aqui; salid, y no inficioneis mas tiempo esta casa con vuestra presencia.

*Mend.* Por Dios, un momento de calma. Pero alguien viene. ¡Ah! el padre Rafael. (*Se pone á pasear el cuarto.*) (*Aparte.*) Este viene á persuadirla que éntre monja. Ese maldito año de noviciado... pero en fin, si no hay otro remedio...

(*El padre Rafael ha dado á besar su mano á doña Clara, que se arroja á sus pies sollozando.*)

## ESCENA III.

CLARA. DON ALVARO. PADRE RAFAEL.

*Clara.* ¡Padre mio, padre mio! tened lástima de esta desdichada muger.

*P. Raf.* Levántate, hija mia, levántate: (*La levanta con dulzura.*) Dios perdona al pecador arrepentido, y nos enseña á los hombres á compadecernos de las miserias de nuestro prójimo.

*Mend.* (*Aparte paseando la habitacion.*) No hay otra alternativa; ó se casa conmigo, ó se mete monja. ¡Voto va! ¡Renunciar yo á mi ambicion...!

*Clara.* ¡He padecido tanto! ¡he llorado tanto, padre mio!

*P. Raf.* Sí, has sufrido mucho, lo veo. ¡Hé aqui los precipicios del mundo! ¡hé aqui el término de todos los delirios de la humanidad! ¡Qué queda de todas las ilusiones de la vida una vez que pasaron! algun recuerdo amargo, algunas lágrimas. Dichoso el que entonces levanta su corazon á Dios, y se arrepiente de sus desvaríos. La copa inagotable de la divina misericordia derrama el bálsamo de consuelo en su corazon. Hija mia, tú has cometido graves faltas, pero aquel tire la piedra cuya conciencia no le remuerda de nada. Yo, miserable pecador como tú, te perdono, y espero en adelante que te arrepientas y enmiendes.

*Clara.* Vuestras palabras, padre mio, alivian el dolor de mi alma.

*Mend. (Aparte.)* El padre lo entiende...

*P. Raf.* Me alegro, hija mia, que mis palabras sean dulces para tí. El paso que has dado esta mañana ha enojado á tu tio el señor conde hasta el punto que ha jurado no verte mas. En vano he tratado de persuadirle á lo contrario; lo único que he podido lograr de él ha sido una promesa de que te perdonaria si das la mano á tu primo.

*Mend. (Con afectacion.)* Padre Rafael, suplico á vuestra reverendísima que sin hacer caso en este punto de las palabras de mi señor tio, influya con doña Clara para que elija libremente lo que mejor le convenga.

*Clara.* Padre, mientras esté ese hombre delante, es imposible que yo os escuche con atencion: es imposible que piense yo en otra cosa que en sus infamias, y en el asesinato que ha cometido.

*Mend. (Con frialdad imposible.)* Vuestra reverencia no haga cuenta de esos insultos, y prosiga en sus persuasiones con doña Clara.

*P. Raf.* Ese odio que manifestais á vuestro primo...

*Clara.* Es un odio eterno, inestinguible; os suplico que antes le digais que se vaya. Sino, perdonadme, padre, pero me iré yo.

*P. Raf.* Tranquilizaos...

*Mend. (Aparte.)* Está visto, es terca como ella sola, y no adelantaré nada. (*Alto.*) Doña Clara, una sola palabra, y no os molestaré mas. Considerad que no os queda ya sino escoger un convento, ó ser mia.

*Clara.* ¿Lo veis? ¿Lo veis cómo me insulta? Su visita me horroriza y me desespera.

*P. Raf. (A Mendoza.)* Os suplico...

*Mend.* Sí, padre Rafael, me voy. (*Aparte.*) No hay mas sino que éntre monja. Pero si Figueroa no ha muerto... Otañez me servirá bien. (*Vase.*)

*P. Raf.* Vamos, hija mia, sosiégate y óyeme.

*Clara.* Os pido por Dios que no me habléis jamas de ese hombre.

*P. Raf.* Ese hombre es tu primo, es tu prójimo, y...

*Clara.* Sé, padre, lo que me vais á decir; pero no mando en mi corazon, y le detesto, le aborrezco, y le aborreceré mientras viva.

*P. Raf.* El tiempo calmará esa pasión, y Dios tocará tu corazón, y hará que algún día le perdones. No muestres impaciencia, hija mía, no te volveré á hablar de él. Tranquilízate. Tú eres aun muy niña, y ya las espinas de la vida se han clavado en tu corazón. Pero eres buena naturalmente, y tu alma es pura todavía como la de los ángeles. Las lágrimas del arrepentimiento la lavarán de la mancha con que una pasión mundana la ha empañado quizá. El rey ha mandado recogerte por ahora en un monasterio, para que en su soledad llores tus desvaríos hasta que esta tormenta que han traído tus pocos años se disipe. Allí en el silencio y recogimiento de un claustro, entre las esposas de Jesucristo, se elevará tu mente al Criador, y quizá el cielo se abrirá á tus ojos, y derramará sobre tí raudales de bienaventuranza y de santidad. Lejos de mí querer forzar tu voluntad; pero si tal vez tu corazón se sintiese tocado de aquel santo esfuerzo que Dios inspira en las almas de sus elegidos, si alguna vez, como yo en otro tiempo me prometía, te abrazáras á la cruz para nunca separarte de ella, y allí cifrases tu única esperanza en la tierra, entonces, Clara, lejos tú de las mundanas tempestades, yo me daría el parabien de haberte conducido al puerto de paz y de salvación eterna.

*Clara.* Padre mío, el mundo para mí ya no es mas que un desierto. Nada quiero, ni deseo nada en él. En un claustro al menos nadie vendrá á interrumpir mi llanto, que es el único alivio que me queda en mi mal. Disponed de mí como queráis. Todo cuanto mas lejos esté yo del mundo en que habitan los malvados, y que se muestra á mis ojos árido, y sin una flor que embellezca y perfume la vida, tanto menos desdichada será mi suerte. Allí en el silencio rogaré á Dios por su alma. Él sin duda está en el cielo, en el trono de los ángeles, y allí podré yo adorarle desde la tierra. Sí, padre, el silencio de un claustro conviene al silencio que ha quedado en el mundo al rededor de mí, la soledad de la celda á mi soledad, y la religión me consolará de mis amarguras.

*P. Raf.* (Con entusiasmo.) Hija mía, Dios mismo ha puesto esas palabras de bendición en tu boca. ¡Bienaventurado el que se conforma con sus decretos! Clara, esa malhadada pasión que te ha hecho derramar tantas lágrimas

te abre el camino del cielo. Dios toca de varios modos las almas de sus elegidos.

*Clara.* Sí, padre; yo renuncio á todo, á todo para siempre, sin dolor alguno. Un pan bañado en lágrimas sea mi alimento, y una humilde tarima mi lecho. ¡Ah! yo le veré á él en mis visiones de la noche descendiendo del cielo á consolar á su pobre Clara, hermoso y puro como los ángeles. Yo le rezaré á él también.

*P. Raf.* El rey deja á tu eleccion el convento.

*Clara. (Resignada.)* Elegidle vos, padre; el que querais. Haced que salga yo de aquí cuanto antes.

*P. Raf.* Sí; voy, voy al momento, hija mia. *(Vase.)*

*Clara.* ¡Dios mio! ¡Hágase tu voluntad, ten compasion de mí!!

*Cae el telon.*

FIN DEL ACTO TERCERO.

---

## ACTO CUARTO.



### Cuadro primero.

~~~~~

ESCENA PRIMERA.

Salon en casa de MENDOZA adornado con lujo, pero en desorden. Dos jóvenes en el fondo tirando á la espada; otros mirando: varios sentados al rededor de una mesa jugando y viendo jugar. OTAÑEZ y otro CRIADO en pie. PACHECO entra.

- Pach.* (*A Otañez.*) ¿Y tu amo?
- Otañ.* Está aderezándose para ir con S. M. á una partida de caza: supongo que V. S. será del número.
- Pach.* Sí, cierto. (*Se acerca á la mesa de juego.*)
- Roble.* (*Jugando.*) ¡Voto á crivas! á pocas de esas os llevais todo mi patrimonio.
- Pach.* ¿Perdeis, alferéz Robleda?
- Cab. 3.º* Para entretener el tiempo mientras que sale el marqués nos hemos puesto á jugar un rato.
- Rob.* Y yo he perdido mi dinero en broma.. ¿por vida de...!
- Pach.* A bien que ahora no os debe dar cuidado, protegido como estais por el marqués, y favorecido del conde duque.
- Cab. 4.º* Otro golpe y basta: allá va la novia. (*Tiran, dejan las espadas, y se acercan al corro.*)
- Otañ.* En esta casa anda una bacanal continua desde que mi amo se ha hecho marqués.
- Cab. 3.º* ¿Parais mas?
- Rob.* Lo que me queda, y mil demonios carguen conmigo.
- Rend.* (*Se levantan de la mesa.*) Ya le desvalijaron.
- Pach.* Creo que todos somos de la partida con S. M.

Rend. No hay cosa como un rey mozo y de buen humor; todo se vuelve saraos, bailes, cacerías... no hay tiempo apenas para fastidiarse.

Muzq. Pues á fé mia que hay sin embargo cosas bien fastidiosas. Supongamos: la antecámara del ministro, la escalera de palacio y la antesala de esta casa. Apenas puede uno andar sino tropezando con esa turba multa de pretendientes, cada uno con su memorial que entregar, y su relacioncita estudiada que encajar al paso.

Pach. Es verdad: parecen pobres en día de jubileo.

Cab. 1.^o Esos achaques tiene el ser marqués y favorecido del conde duque.

Muzq. Y privado del rey.

Rend. Como que le acompaña, dicen, en todas sus aventuras nocturnas y galanteos.

Rob. Eso se llama tener suerte. Me acuerdo que en Flandes...

Pach. A él lo que le ha valido principalmente fue el capricho de su prima en meterse monja. Se encontró marqués en un quitame allá esas pajas.

Muzq. Pero creo que la pobre doña Clara no tenia tal vocacion, sino que...

Rend. Buen chasco me llevé yo con su profesion. Hubiera apostado á que no tomaba el hábito. Y mucho mas habiendo resucitado el difunto.

Rob. Ahí tenéis lo que yo digo: no hay como tener un santo en la familia: todo se vuelve milagros.

Pach. Unos se van al cielo para que otros se vayan en coche al infierno.

Rob. Pues ¡voto á Amberes! ¿qué todavía ninguno de cuantos se han ido al cielo me ha dejado á mí su coche...

Rend. Que vos hubierais tomado, aunque hubieran tirado de él cuatro diablos en figuras de hipógrifos.

Rob. Aunque hubiera tenido que andar á tajos con el mismo Satanás en persona.

Todos. (Risas y aplausos.) ¡Bravo, bravo!

Pach. ¡Bien por el alferez Robleda!

Muzq. Doña Clara entró monja sin saber qué hacía: algún día puede que la pese.

Rend. Pero al marqués no le pesará; que á no haber sido por eso, se llamaría ahora en vez de marqués de Palma, don Alvaro de Mendoza á secas.

Pach. ¿Sabeis que es un asunto escelente para una comedia? Una marquesa enamorada de un vasallo suyo, un primo que vuelve de Flandes, y un desafio con el amante, de cuyas resultas la triste señora entra monja. ¡Voto va! que es lástima que nuestro don Pedro Calderon no lo tome por su cuenta...

Muzq. Sí, pero no acaba en casamiento, y no está de moda acabar ahora las comedias de otra manera.

Rob. Hay hombres de suerte: un desafio le ha proporcionado á Mendoza el ser marqués, y á mí los que hasta ahora he tenido solo me han causado gastos y cicatrices.

Cab. 1.º ¿Sabeis que al conde de Piedrahita le envia el conde duque de virey á Méjico?

Rend. Tenia demasiado favor con el rey, y aunque amigo íntimo, era menester quitarle de en medio.

Pach. Y al padre Rafael, confesor del rey, creo le hayan desterrado tambien.

Rend. Me alegro: era el hombre mas fastidioso del mundo; siempre echando sermones.

Rob. El conde duque lo entiende, y Mendoza ha ganado en eso; porque el fraile no era muy amigo suyo, y en cuanto al conde, le deja una vacante en palacio.

Muzq. El fraile es preciso confesar que era una planta exótica en la corte de un rey jóven, y amigo de divertirse.

ESCENA II.

DICHOS, y MENDOZA vestido de caza.

Mend. ¡Hola, caballeros! ¿Qué se murmura? Alferez Robleda, esta vida es algo mas cómoda que la que haciamos en Flandes.

Rob. Sin embargo, yo la trocaria de muy buena gana. En la corte se gasta un sentido.

Mend. Hoy, señores, iremos con S. M. al Pardo, donde se ha dé hacer la prueba de los dos mejores sabuesos que se han visto nunca. Es un regalo que el conde duque ha hecho al rey.

Pach. En seguida habrá gran mesa de estado, fuegos, &c., y por la noche una comedia famosa de un ingenio de esta corte, en la cual dicen que el rey ha (*Baja la voz.*) tenido parte.

Muzq. Pues en ese caso debe ser buena, y no hay sino preparar las palmas.

Rob. Ya andarán listos los alguaciles para llevar gente á la comedia. ¡Es mucha mañía de gentes! ¡Tener que ponerlos presos para divertirlos.

Mend. ¿Será ya hora de irnos acercando á palacio?

Pach. Todavía falta mas de hora y media.

Mend. ¡Hola, Otañez! (*Llevándole á un lado.*)

Otañ. ¿Señor?

Mend. Me parece haberte oido que tenias que decirme algo.

Otañ. Sí señor; y con vuestra licencia os diré que ayer mismo vi á don Pedro de Figueroa; pero tan seco, tan pálido, que da lástima, y...

Mend. Adelante: ¿á qué diablos me vas á hacer su retrato?

Otañ. Con perdon de V. E., le vi como iba diciendo, y él me conoció á mí, que yo á él como síno le hubiera visto en la vida.

Mend. Despáchate, ó vive Dios...

Otañ. Señor, en una palabra, me preguntó por V. E. y por doña Clara. Á mí me dió miedo, porque temí que supiera mi lealtad por vos, y...

Mend. Bien. Clara es ya monja, tarde acude.

(*Un lacayo entra con muchos papeles, que entrega á Mendoza.*)

Pach. ¿Qué granizada de súplicas y peticiones!

Mend. (*Dando á uno los papeles.*) Secretario, tomad eso, é informadme si hay algo que merezca la pena.

Lacayo. Un caballero, que no ha querido decirme su nombre, desea hablar con V. E. en particular.

Mend. Dile que vuelva otro dia, que hoy estoy ocupado.

Lacayo. Dice que es indispensable ver á V. E. ahora mismo: trabajo me ha costado que no se entrase hasta aqui como en su casa.

Otañ. (*Aparte á su amo.*) Él es, señor; no le recibais solo: es capaz...

Mend. Quitá allá necio. ¿Pacheco?

Pach. ¿Qué hay?

Mend. Retírate con esos amigos á esa otra sala, mientras despacho á un importuno que se ha empeñado en hablarme. (*Todos se retiran.*)

ESCENA III.

MEMDOZA Y EL LACAYO.

Mend. Que éntre. (*Vase el lacayo.*) ¡Pobre Figueroa! Casi me da lástima del buen hidalgo.

ESCENA IV.

MENDOZA. FIGUEROA.

Mend. ¡Embozado tenemos!

Figue. (*Desembozándose.*) Señor marqués; ¿me conocéis?

Mend. Muy mudado estais, á lo que veo; pero si mal no me acuerdo, presumo que sois don Pedro de Figueroa.

Figue. Os acordais perfectamente; y creo que no habreis olvidado que me debeis una satisfaccion.

Mend. Y estoy pronto á dárosla. Mi suerte ha cambiado mucho de un año á esta parte: tengo favor en la corte, y si quereis serviros de mi influjo, os le ofrezco con toda cordialidad.

Figue. No pretendo nada en palacio, y aunque pretendiera, tampoco me valdria de vos. La satisfaccion que os vengo á exigir es de otra naturaleza.

Mend. Ignoro entonces en qué puedo serviros, señor don Pedro.

Figue. Por fragil que sea vuestra memoria, no habreis olvidado el lance en que tuve yo hace año y medio la desgracia de salir herido.

Mend. Y en verdad que os cobré aficion por vuestra bizzaría, y me alegro que la herida no tuviese peores consecuencias. Pero sois demasiado rencoroso, señor don Pedro.

Figue. Para vos las consecuencias fueron las que deseábais. En cuanto al desafio, no os tengo rencor. Vuestra buena suerte os valió, como pudiera haberme valido á mí. Pero, señor don Alvaro, añadisteis al agravio una superchería indigna de vuestro nacimiento.

Mend. Moderad vuestras palabras, porque no quiero enojarme con vos. Deseo pagaros en algun modo lo que os debo, y voy á hablaros con franqueza. En el mundo el

que no trabaja para sí es un necio. Vos llamais superchería á un artificio inocente, y de que me fue forzoso valerme. Hice creer á Clara que habiais muerto, y vuestras cartas todas vinieron á mi poder interceptándolas para que no llegasen á sus mamos. Influí con el ministro para que os hiciese salir poco despues en posta con una comision á Nápoles, desesperado y creido de que Clara os habia olvidado. Podrá pareceros esto lo que quiera, pero ya está hecho; y como se suele decir, á lo hecho pecho, señor don Pedro. Clara es ya monja y está fuera absolutamente de vuestro alcance: la manzana, pues, de la discordia ha desaparecido, y no hay ya motivo para reñir. Vuestra pasion al cabo de tanto tiempo se habrá enfriado, y mucho mas no teniendo esperanzas de que alimentarse. Seamos, pues, amigos, y será mejor.

Figue. ¡Amigos! vos sois un mal caballero.

Mend. Silencio: os perdono esa bravata en gracia de las ofensas que os hice. Ved si puedo serviros en algo, y retiraos.

Figue. Don Alvaro, vengo decidido á morir, ó á mataros. Sino salís al campo conmigo, juro á Dios que os atravesiese aqui mismo de una estocada.

Mend. Ya os probé en otra ocasion que mi espada valia mas que la vuestra; ahora os digo que soy marqués de Palma, y vos solo un hidalgo mi vasallo, con quien no me corresponde medir la espada, ni igualarme nunca.

Figue. Mas noble que tú, ¡infame! mil veces mas noble y mas honrado que tú. Sales, ó te mato aqui mismo.

(Desenvaina la espada. Pacheco y los caballeros acuden á los gritos.)

Mend. *(Con calma.)* Estoy desarmado; envainad esa espada, que no quisiera que os tomasen por un vil asesino y tener que echaros á palos de mi casa.

Figue. ¿Tú á mí? ¡Perro!

(Le tira una estocada y Mendoza se retira. Los caballeros acuden, cogen á Figueroa por detras y lo desarman.)

Pach. ¿Qué es esto? ¡Detenedle!

Mend. *(Tomando la espada de mano de Pacheco.)* Dejadle, señores: don Pedro de Figueroa se exaltó demasiado, y tiró de la espada en un momento de ira. Tomadla, don Pedro: sois muy digno de ceñirla. Ved en qué puedo serviros.

Figue. Os rodea y defiende ahora mucha gente. ¡Oh! algún día, señor marqués, algún día quizá y en mejor parage nos encontraremos. (*Vase.*)

Pach. Ese hombre está loco.

Rob. ¡Al cabo de año y medio con lo que sale!

Mend. Ea, caballeros, no hay que hablar mas de eso. ¡Á Palacio! El rey nos está esperando.

FIN DEL CUADRO.

Cuadro segundo.

Una celda. A la izquierda del espectador una ventana á la huerta con una cruz de hierro. En el fondo una puerta por la cual se verá un largo claustro con un farol á lo lejos, y en último término la gran puerta del coro. Al lado de la reja en el mismo fondo una mesa con su reclinatorio, un libro y escribanía de barro. En la pared una imagen de la Soledad alumbrada escasamente por una lámpara moribunda. Al otro lado un arcon grande; y mas próxima la cama con un rosario pendiente á la cabecera y una pila de agua bendita. Algunos sitaliaes de baqueta. Noche oscura.

ESCENA PRIMERA.

CLARA arrodillada ante la imagen. Entra TERESA, criada suya.

Ter. **E**l convento está en un profundo silencio. Todas las religiosas se han retirado al descanso. Miedo causa el atravesar los claustros. No se pierde un sonido: el aire de los patios, el rumor de las pisadas, las sombras siempre en movimiento, todo infunde una especie de terror... ¡Pobre señora! ¡Una marquesa acostumbrada al lujo, al regalo de su casa, en las fiestas y la alegría de sus primeros años, y ahora siempre vertiendo lágrimas... tan afligida! ¡Infeliz! Hace un momento que me hablaba de su única pasión, de sus desgraciados amores, resuelta, esperanzada. Ahora solloza, está rezando á la Virgen... Voy á llamarla. (*Se dirige á Clara y se detiene.*)

Clara. ¡Madre mia! ¡Madre mia! tened lástima de mi dolor. Miradme, reina de los cielos, volved los ojos á vuestra criatura desamparada. No me abandonéis en tan amargo desconsuelo.

Ter. (*Conmovida.*) ¡Señora! ¡señora!

Clara. ¿Quién me llama? (*Se levanta sobresaltada, conoce*

á Teresa, y prosigue con dulzura.) ¿Eres tú, Teresa? Yo creí que estabas durmiendo. ¿Por qué no te vas á gozar del sueño?

Ter. ¿Y cómo quereis que os deje sola en este estado, siempre llorando? ¿Ya no os acordais...? Hace un momento que salí de aqui. He paseado como me dijisteis todo el monasterio. Todas duermen: no se siente nada: la noche es muy oscura, muy triste... Don Pedro sin duda está esperando á que os acordeis de él.

Clara. (*Vivamente afectada.*) ¿Dónde está? desde esta tarde no le he vuelto á ver. En la iglesia, junto á los luces del altar: el coro de las religiosas cantaba los oficios; yo tenia mis ojos clavados en él, pero los suyos en vez de responderme seguian contemplativos al humo de los inciensos. ¿Desventurado! Él preguntaba al Altísimo por el corazon de su esposa, y nadie le respondia.

Ter. Por vuestra vida que no os entregueis al abatimiento. Pensad en que don Pedro vive, en que sabe vuestras desgracias y vuestra fidelidad.

Clara. ¿Que vive! ¿Y quién sabe si su aparicion en el mundo no es el último martirio que me esperaba? ¡Ay...! Ojalá hubiera yo sucumbido mil veces á la falsa noticia de su muerte. Pero, Señor, ¿dónde, cuándo cometí yo crímenes que merezcan lo severo de la ira con que me estais afligiendo? ¿Qué es de vuestra justicia, Dios mio? Los malvados triunfan y se rien de vuestra cólera terrible. ¿Cuál es, cuál es en la tierra el premio de la virtud?

Ter. Vuestras penas y vuestro continuo lamento me traspasan las entrañas. Escuchadme, os ruego: yo no puedo sufrir que os consumais asi en la agonía. Reanimad vuestro valor: antes me hablabais de otro modo. Ya hace mas de ocho dias que teneis noticia de su existencia, ¿y aun andais remisa cuando se trata de verle? Á fé mia que vos misma sois el mayor enemigo de don Pedro y de vuestra felicidad.

Clara. Teresa, ¿qué has dicho? ¿Yo enemiga de Figueroa! Tú no sabes lo que pasa dentro de mi alma: lo que yo lucho por apagar el fuego en que estoy ardiendo: este fuego que otra vez vuelve á prender con mas furia que nunca, ahora que debiera estar apagado con el tiempo y la penitencia. ¿Que no quiero verle? ¿Y quién lo pu-

diera desear en el mundo con mas violencia que yo? ¡Desventurada! ¡Es imposible...! (*Abatida.*) La religion, mis votos, el sagrado recinto en que me hallo... ¡Qué poder sería bastante á defendernos del remordimiento, de la tortura, de un horrible sacrilegio...! ¡Jamás, jamás...! ¡No nací yo, triste, para ser dichosa!

Ter. ¡Y por qué no? con la confianza de vuestra conciencia, ¿por qué quereis oponeros á vuestro destino? Seguid el rigor de vuestra estrella, doña Clara. Dios os está viendo, y el mundo no puede juzgaros. ¿No teneis fé en la proteccion del cielo?

Clara. ¡Ah! ¡si yo pudiera abrir mi corazon y descubrirle! Yo llamaria á los mas insensibles y les diria: mirad, mirad, soy una pobre huérfana, nací acariciada de la fortuna, en medio de la opulencia y de los placeres; pero las riquezas no me infundian sino desprecio y aburrimiento. Un instinto de amor irresistible, pasion divina, nació conmigo, acompañó los juegos de mi niñez, y á las puertas de mi primera juventud, me presentó todas mis ilusiones, los encantos de mis ensueños virginales cifrados en un hombre, en un angel de cariño y de salvacion. ¡Ah! desde entonces todo fue para nosotros tinieblas y naufragios. El mundo nos hizo la guerra, mis deudos me abandonaron á mi suerte, y cuantos me conocian se olvidaron de mi pesar. ¡Y yo le lloré muerto! De noche, en mis delirios, llamé á la losa de su sepulcro, y la eternidad se abrió delante de mí. Pero vive, respira aun, repite el nombre de su Clara y la busca por todas partes. ¡Yo quiero verle, yo muero por estrecharle en mis brazos, por oírle decir que me ama como el primer dia!

Ter. ¿Y por qué no? Atended: os repito que todos duermen, que no hay peligro ninguno. Ya sabeis los medios que tengo en mi mano para hacerle entrar sin ser notado. Es temprano: yo sé que no se retira hasta muy tarde, que pasa las noches enteras rodeando los muros del convento por adquirir noticias vuestras. Corro á avisarle. Mi marido el demandadero está pronto á sacrificarse por vos: él tiene la llave de la primera puerta. (*Enseña una llave.*) Ved aquí la de la clausura, como os ofrecí ayer. A Dios, señora. Valor y esperanza. Pronto abrazareis á don Pedro. (*Vase.*)

ESCENA II.

CLARA.

¡Espera, detente, oye! Se fue. ¡Cuántos peligros...! Pero Figueroa no querrá, no debe entrar hasta aquí: sería perdido sin remedio. Los suplicios mas horrorosos le amenazan... el castigo del cielo... ¡Pero qué digo? Él me ama, sí, yo lo sé... acudirá corriendo á mi voz. ¡Insensata! Yo soy quien le entrega á la muerte... ¡La muerte...! Pero nadie le arrancará de mis brazos, nadie podrá separarnos; si él muere, moriré yo tambien: él me sonreirá, y yo con mis manos halagaré su frente mientras respire. Juntos descansaremos de tanto padecer; y si la muerte no es igual á la vida, con ella acabarán nuestros infortunios. Me parece que oigos pasos... ¡Silencio! Siento una opresion, una zozobra... ¡Ah!! (*Ábrese la puerta.*)

ESCENA III.

DICHA. LA ABADESA, *con luz.*

Abad. No te asustes, hija mia, no te sobresaltes. Soy yo, que pienso en tí, que vengo á consolar tus aflicciones. Hace algunos dias que me llaman la atencion tus inquietudes. Estás desmejorada, hermana Clara: ¿qué sientes, hija? Tus antiguos pesares se iban ya mitigando... ¿Qué nuevas tribulaciones...?

Clara. (¡Dios mio! ¡qué angustia! ¿Qué va á ser de nosotros?) Madre abadesa, yo no sé con qué podria pagar el interes que tomáis por mí. En este momento iba á entregarme al descanso.

Abad. Vamos, me alegro, sí, descansad. Durante el sueño se adormecen tambien los rebatos con que el enemigo suele atormentar la imaginacion. Os lo he dicho muchas veces: yo tambien en mi juventud sufrí combates muy recios de las pasiones. Mis pensamientos en la soledad volaban tras los recuerdos mundanos, y mi corazon fluctuaba miserablemente. Pero la penitencia, la oracion, las lágrimas del arrepentimiento endulzaban mis amarguras, y fortalecian mi espíritu.

Clara. (¡Qué martirio! Yo estoy en ascuas. Va á llegar.) Os ruego, madre, que no renoveis mi dolor. No queráis despertar en mi memoria...

Abad. Tiene razon, hermana, voy á ver de dejarla al momento. Pero me ha de prometer retirarse á su lecho, y no dar rienda á su desconsuelo. Te recomiendo la lectura de los libros piadosos. Medita sobre ella, y encontrarás cómo el Señor aflige á sus siervos para acrisolarlos, y castiga irremisiblemente á los que le ofenden.

Clara. No sabeis lo que yo amo vuestros santos consejos: son tal vez el único alivio de mis males... Pero... ahora... no sé... está tan adelantada la noche... Mis fuerzas desfallecidas... Quizá podría reposar algunas horas.

Abad. (¡Desgraciada joven!) A Dios, hija mia, me voy al recogimiento. Si te parece conveniente enviaré una de las hermanas para que te haga compañía.

Clara. (Creo que se sienten pasos...) No, madre abadesa, no. La presencia de cualquiera me sería perjudicial. Os acompañaré á vuestra celda.

Abad. Está cerca; yo iré sola. Buenas noches, Clara. Encomiéndate de veras á la pureza de la Virgen.

Clara. Ella os acompañe, madre abadesa.

Abad. No salgas, no.

Clara. Soy hija de obediencia. Me quedo por vuestro mandato. (*Vase la abadesa.*)

ESCENA IV.

CLARA.

¡Se fue! ¡Ah! Respiro. Un enorme peso me estaba ahogando. ¡Si vendrá Figueroa! ¡Si vendrá! Yo ya no podría vivir sin verle... Sí: el cielo lo dispone, yo no hago mas que obedecer su influjo. Y sino, ¿qué es lo que quiere exigir de mi debilidad...? Mis votos...; mi renuncia á todos los gozes de la vida!! ¿Y cuándo he querido yo renunciar á mis purísimos amores? ¿Pero son ahora puros como el primer día? ¿No he pronunciado un juramento terrible? ¡Dios mio! Tú penetras en lo mas escondido de mi alma. Don Pedro había muerto: yo nada tenia que esperar de la vida. ¡Él vive, él vive! ¡Yo no soy dueña de mí misma...! ¡Bendito el dia en que le volví á ver, y bendito

mil veces el lazo que nos une! (*Entreabre la puerta y mira hácia el claustro.*) ; Un embozado...! ; Yo tiemblo...! ; Él es! Teresa le acompaña... Asi... ; nadie los oye...! (*Con zozobra.*) ; Virgen Santísima! (*Corre á la imagen.*) Haced que llegue salvo á mis brazos. (*Cae de rodillas.*)

ESCENA V.

CLARA. TERESA. DON PEDRO DE FIGUEROA.

Ter. ; Siempre detras de mí! ; mas despacio, mas despacio! (*Desde afuera.*) Esa es la puerta; sujetad la espada... no metáis ruido... Está sola. (*Mirando á la escena.*) A Dios, caballero: entrad. (*Vase, haciendo entrar á Figueroa.*)

ESCENA VI.

CLARA. FIGUEROA.

(*Entra Figueroa, Clara le reconoce, y se arroja á sus brazos.*)

Clara. ; Don Pedro!!

Figue. ; Clara!! (*Pausa.*)

Clara. ; Esposo mio!

Figue. ; Al fin te vuelvo á oprimir contra mi corazon, despues de tanto tiempo, de tantos suspiros!

Clara. (*Recordando.*) Soltad, soltad. Estamos vendidos. Esa puerta... (*Corre hácia la puerta, y cierra con cerrojo.*)

Figue. (; Mis ojos la han vuelto á ver! ; Pero en qué sitio...!) ; Vendidos! ; Mi acero...! (*Empuña la espada.*)

Clara. No hay cuidado. Otra vez, amor mio, abrázame. Siento un placer... una sensacion celestial. Figueroa... encanto de mis ojos... ; has suspirado por mí? ; Te has acordado de tu Clara?

Figue. ; Y tú me lo preguntas, alma mia? Un solo instante no has faltado de mi memoria. ; Tan hermosa! Siempre enamorada, siempre llorando mi falsa muerte!

Clara. ; Infame don Alvaro!

Figue. ; Sí; infame, maldito, hombre vil y sin fé! Hoy

mas que nunca, desde la opulencia y el favor cortesano desprecia las santas leyes del honor, y se atreve á insultar á la desgracia. Pero no crea el traidor que ha de escapar á mi venganza. Yo le juro...

Clara. ¡Don Pedro! no; callad: no penseis en esa quimera. ¿Qué te importa Mendoza, y su perversidad, si tienes aquí á tu Clara para hacerte dichoso? ¡Mendoza! No quiero que le nombres jamas. Ese nombre es fatal para nosotros. Háblame de tu amor, don Pedro, de ese amor que yo he consagrado con mi llanto.

Figue. Sí, Clara, sí, de mi amor. Nosotros no debemos pensar mas que en nuestro amor. ¿No es verdad, alma mia? Ya estamos unidos, ya somos felices para siempre. Tenemos derecho á serlo. ¡Hemos comprado esta felicidad con lágrimas, con sangre, con pesares muy profundos!

Clara. Pues bien, seremos dichosos: el mundo entero envidiará nuestra suerte.

Figue. Viviremos el uno para el otro, lejos de los hombres y de sus engaños, olvidando lo pasado, sin cuidarnos de lo que pueda suceder.

Clara. (Con arrebató, que va siempre en aumento.) Siempre entre delicias ¡ídolo mio! gozaremos juntos de todos los deleites de la naturaleza, de la brillantez del día, respiraremos los aromas de la mañana. Buscaremos el placer en los misterios de la noche, y la soledad, que sabe nuestro secreto, se regocijará en nuestra ventura.

Figue. (Con emocion.) ¡Clara...!

Clara. Todos nuestros deseos van á verificarse, viviremos muchos años en un paraíso de ilusiones, sin un día de dolor, sin un fantasma que venga á turbar la paz de nuestras almas. La misma muerte respetará nuestra juventud, y esperará nuestro último abrazo para trasladarnos juntos al seno de Dios. ¿No crees tú que hemos acabado ya de padecer?

Figue. (Reflexivo.) ¡Desgraciados! ¡Quién sabe si tendrán fin nuestros infortunios! Vuelve de tu mágico delirio, Clara: mírame: soy tu amante, tú eres mi único bien, mi única esperanza en la tierra. Pero advierte: ¿no ves dónde nos hallamos, los muros que nos cercan, tanta oscuridad...? ¡Esa lámpara que parece velar sobre un sepulcro...!

Clara. ¡Ay, don Pedro! ¿Por qué me afliges de esa manera?

¿Por qué despiertas los remordimientos que dormían en lo mas hondo de mi pecho? La ira de Dios nos amenaza. La religion inviolable, sagrada...

Figure. Sí, la realidad nos llama, Clara: es preciso que atendamos á sus voces: á cada momento son mas imperiosas. Ese hábito que te cubre... ¿no piensas tú en ese hábito?

Clara. ¡Ah! sí: ¡la esposa de Jesucristo! ¡Los juramentos...! ¡Un sacrilegio! Don Pedro, ¿no te compadeces de mi terrible situacion? ¿Qué puedo yo hacer, desventurada de mí?

Figure. ¿Qué! ¿no lo sabes Clara? Lo dudas siquiera un solo instante? ¡Cruel! ¿Es asi como tú eres capaz de corresponder á mi amor? Sí, tú no puedes dudar de mi amor: por tí he arrojado peligros, he desafiado la furia de la desgracia; por tí he profanado la santidad de estos lugares. Por verte, por estar á tu lado, por una sola mirada de tus ojos he considerado yo como pequeño y despreciable cuanto podía ofrecerme la vida. Porque creía en tu pasion, porque la juzgaba tan grande como la mia, y te imaginaba superior á tu misma hermosura, con un alma de fuego y de entusiasmo. Hace un momento que tus palabras vibraban en mi corazon. ¿Por qué, dime, por qué con tan vivos colores me pintabas un cielo, sino estabas resuelta á acompañarme á él?

Clara. Ten piedad de mí, Figueroa; no quieras perderme y perderte para siempre.

Figure. ¿Alguien viene!

Clara. (*Escuchando.*) ¡Silencio! ¡Silencio...! Es el viento en los álamos de la huerta. ¡Esa ventana...! ¡Ah! ¡Cuántas veces, esposo mio, (*Con pasion.*) cuántas veces fatigada de la oracion, apoyada en la cruz de esos hierros, desvanecida y melancólica, repetía yo tu dulce nombre, y buscaba tu imagen al través de los reflejos del crepúsculo, en las remotas nieblas del horizonte, ó entre los vapores flotantes de la oscuridad...! Tú escuchabas mi invocacion, encanto mio; yo veía tu rostro, divisaba tu figura; ora iluminada y radiante volando hácia mí y deslumbrando mis ojos, ora gigantesca, taciturna y opaca, deslizándose por entre los rayos de la luna, acompañada de sombras. Entonces yo te seguía con mis suspiros, y el llanto se agolpaba á mis ojos.

Figue. Calla, calla, no prosigas. Los momentos son preciosos: la noche toca ya á su fin. Escucha mis palabras, Clara, y decide de nuestra suerte. Yo he jurado no apartarme de tí, no abandonarte jamas. Pues bien: quiero que me sigas; que huyamos de aqui ahora mismo.

Clara. ¡Huir! ¡Huir de la vista penetrante de Dios! ¡Romper los votos que pronuncié en su nombre...! ¿Y dónde podríamos ocultarnos? ¿Ignoras que llevamos una maldicion sobre nosotros, y que hasta los mas indiferentes nos perseguirian para entregarnos á una muerte ignominiosa? ¡Ah! ¡no, nunca! Tiemblo por tí, don Pedro; la idea solo me estremece. Jamas me resolveré á sacrificar te.

Figue. ¿Y qué piensas que sucederia si me encontrasen aqui donde estoy, en esta celda, en tus brazos quizá... Entonces, dime, ¿qué piensas tú que sucederia?

Clara. ¡Qué horror! Pero tú te irás; nadie sabrá que has penetrado hasta aqui. Todas las noches vendrás á ver á tu esposa, y el cielo piadoso se aplacará con mis súplicas.

Figue. No lo creas, muger irresoluta, no lo creas. No me iré, no daré un paso sin llevarte conmigo. Aqui, aqui me encontrarán á tu lado, y conocerán todos el exceso de mi amor y la tibieza del tuyo.

Clara. Figueroa, si me amas, si no te complaces en mi desesperacion, aléjate, pronto, no podemos desperdiciar un solo minuto. ¿No tiemblos al imaginar tu proyecto? ¡El infierno! La hora va á sonar, la criada no ha venido á avisarnos, algun riesgo nos amenaza... (*Párase á escuchar y prosigue.*) Ya se siente movimiento. Las religiosas van á salir hácia el coro. Sálvate, huye.

Figue. Tú te has olvidado de quién soy, Clara. He dicho que no saldré sin tí: ¿me entiendes? Pierdes el tiempo en vano si piensas que el temor podrá reducirme. Mi único temor es el de vivir sin tí.

Clara. No, no saldrás: ¡ya es imposible! ¡imposible! (*Escuchando.*) Nos han sentido: ya vienen... (*Óyese ruido por fuera.*) Sí, sí, don Pedro, todo lo que tú quieras; (*Mira á todos lados desalentada.*) estoy resuelta á todo... (*Le coge de la mano.*) te seguiré, te seguiré... Pero por mi vida, por lo que mas aprecies en el universo, ¡no hay mas salvacion para nosotros! ¡Yo tambien moriría desesperada! (*Óyense golpes en la puerta.*)

Una voz. Abrid, hermana Clara.

Clara. ¿Lo ves? ¿Lo ves? Sígueme, ocúltate, esposo mio...

(*Le lleva hácia el arcon, abre, y toda trémula esclama.*)

¡Aqui, aqui, por el cielo santo...! (*Redoblan los golpes.*)

Figue. (*Ocultándose.*) Clara, ¿me seguirás? ¿Eres mia?

Clara. ¡Tuya, tuya para siempre! ¡Tuya hasta la tumba!

(*Cierra con llave.*) ¡Cielos, valedme! ¡Yo muero!

(*Cae desmayada sobre un sitial.*)

ESCENA VII.

LOS MISMOS. LA ABADESA. MONJAS. UNA NOVICIA.

(*Salta el cerrojo á los golpes y entran las monjas. Empieza á amanecer. La luz penetra por la ventana de la huerta y por la gran puerta del coro que está en el fondo del claustro.*)

Abad. ¿Qué es esto? (*Entrando.*)

Monja 1.^a Miradla: está muerta: fria... algun accidente como los que á menudo la acometen... ¡Y creíamos que no la volverian...!

Nov. ¡Qué confusion! (*Aparte.*) Juraria haber oido la voz de un hombre.

Monja 2.^a ¡Pobrecita! no respira...!

Abad. ¡Agua, agua, corriendo! (*La novicia no sabe dónde acudir.*)

Monja 1.^a Pronto, Lucía: allí está el agua bendita.

Nov. (*Corriendo hácia la pila.*) Será lo mejor. ¡Dios la socorra! (*Lleva el tazon del agua.*)

Abad. Venga, venga por aqui.

Monja 2.^a Ya vuelve en sí: abre los ojos.

Abad. ¡Clara, Clara! ¡hija...!

Clara. (*Volviendo.*) Sí... ¿quién...? no... ¡es falso, es falso! ¡Ah!

Monja 2.^a ¡Le ha atacado á la cabeza!

Abad. ¡Dios nos libre...! ¡Infeliz...! Á ver... echadla aire. Probemos á llevarla á mi celda: la reclinaremos en mi cama, y las madres se quedarán á cuidarla mientras yo asisto en el coro á la comunidad.

Monja 1.^a ¡Ánimo, hermana Clara! pruebe á sostenerse, y la sacaremos de aqui.

Clara. ¿Dónde? ;no...! ;nunca...! ;nunca...!

Abad. Llevadla, llevadla.

Clara. ;Ay...! ;no! ;no! (*Se esfuerza y cae otra vez sin sentido.*)

(*La abadesa hace señas á las monjas para que se la lleven, y ellas la sacan.*)

Abad. Cierre esa puerta, Lucía: (*A la novicia.*) Lléveme la llave, y ruegue á Dios por la madre Clara. (*Vase.*)

Noo. Traiga el agua, cierre la puerta. (*Con despique al salir.*) ;Pobres novicias! ;Cuándo seré yo madre profesora! (*Vase cerrando de golpe.*)

(*Cae el telon.*)

FIN DEL ACTO CUARTO.

ACTO QUINTO.

Cuadro primero.

Salon del palacio de Mendoza. El fondo va á dar al jardin y está ceñido de una verja con puerta en medio. Las ramas de los álamos y frutales, los pámpanos, flores y frutos del tiempo entran en el salon y lo refrescan. El jardin iluminado. Un desordenado banquete en el salon: manjares, platos, vinos, helados, adornos de lujo, pero en desorden. Dos puertas laterales.

ESCENA PRIMERA.

MENDOZA. PACHECO. ROBLEDA. CABALLEROS. MUZQUIZ. FORTUNA. BEATRIZ. DOROTEA. MARGARITA. CRIADOS. — *Estando sentados á la mesa, gritando, cantando &c.*

Mend. **A** amigos, en mi vida...

Cab. 1.º Callarse, callarse. (*Sigue el murmullo.*)

Rob. La dama es muy dueña de elegir como quisiere: ¿me ois, señor Rendones? Dejaos de urgarme la cólera, amiguito: vamos, hermosa Dorotea, como se os antoje, sin rodeos.

Mend. El buen Robleda está mas vivo que un azogue.

Dor. ¡Ja, ja, ja! Sino me dejan, señor alferez, yo no puedo... ¡ja, ja, ja!

Rob. Os he dicho que la dejéis hablar. ¡Voto á Dios Baco...! ¿Cómo estamos aqui?

Rend. Alferez, menos fieros, que yo no tengo gana de hacer sino mi gusto.

Rob. ¿Cómo! (*Levantándose.*) Salid...

Dor. (*Deteniéndole.*) Aqui, aqui; á mi lado os quiero yo. Nada de eso. (*Rendones tararea.*)

Rob. Dejadme, señora. (*Fortuna y Beatriz se levantan con las copas.*)

Fort. y Beat. ¡La canción, la canción...!

Pach. ¡Allá va...! ¡Soldados! (*Con una botella echando vino en las copas.*)

Todos se levantan y cantan el siguiente

CORO.

¡Oh! caiga el que caiga: ¡mas vino! ¡brindemos!
 Á aquel que mas beba loores sin fin:
 Con pámpanos ricos su frente adornemos,
 Aplausos cantemos al rey del festin.

Todos. ¡Victor, victor, bien...! (*Se sientan.*)

Mend. Amigos, así me gusta. Esto es lo que yo quiero,
 ¡alegría! que la hiel de los pesares se endulce con el licor de los vasos. (*A los criados.*) Muchachos, retiraos; despejad, maestre sala. (*Vanse los criados.*)

Cab. 1.º ¿Qué tal el vino de Grave, señor Robleda?

Rob. Para mí como el de Yepes y el de Chipre; todos asombrosos. Preguntádselo á esas botellas de Jerez que ruedan sobre la mesa sin una gota.

Mend. Niña Fortuna, bellissima morena, ponte esa flor en los cabellos, que quiero coronarte por reina de la fiesta.

Fort. (*La toma.*) Gracias, marqués; por complaceros la coloco en mi cabeza, (*Lo hace.*) que si obrara libremente me la prendería en el lado del corazon.

Mend. Me has vencido, hermosa.

Fort. ¿De veras, don Alvaro? Reparad que os oyen estas damas, y podrian reñiros quizás...

Beat. (*Picada.*) ¡Qué disparate! No á fé mia: no me meteria yo en semejante cosa.

Marg. Contigo nadie puede competir, Fortuna, que el nombre solo te abona.

Fort. ¿El nombre solo? Me dejas obligada, Margarita.

Marg. Dispensadme que no responda, porque debo atender al agasajo de esos caballeros. No tengo un instante mio.

Fort. (*Aparte.*) La envidia las quema.

Beat. (*Idem.*) ¡Fea orgullosa!

Marg. (*Idem.*) ¡Fátua, soberbia!

Fort. Marqués, ¿es así como decíais? ¿Os parezco bien?

Mend. ¡Divina! Con los ojos me atraviesas el alma, Fortuna; muerto me tienes.

Fort. ¡Lisonjero! No tanto, no quiero yo...

Dor. (*A Robleda.*) ¡Ja, ja, ja! Pues no me he de reír de vuestras ocurrencias. El vino os trae alborotada la cabeza. ¿Adónde vais? ¿Qué tan fea os parezco?

Rob. Vóime donde quiero, que no estoy de burlas. No puedo estar más tiempo sentado, volveré. (*A Rendones tocándole el brazo.*) Señor galán, ¿habeis visto la que traigo al lado? (*Señala su espada.*)

Rend. Tengo la copa llena, esperad á este trago.

Cab. 2.º (*En pie.*) ¡A cantar!

Mend. ¡Que cante el poeta!

Muzq. (*En pie.*) ¡Mi vaso está vacío!

Cab. 1.º (*Se le llena.*) Bebed, que se os aclare la voz.

Cab. 2.º ¡Silencio... silencio...! luego nosotros.

CANTA EL POETA MUZQUIZ.

Alegres los ojos,
Borracho el semblante,
La copa espumante
En alto á brindar:
Rebosen los labios
En besos y vino,
Y al néctar divino
Dé fuerza el azahar.

Coro. ¡Oh! caiga &c.

Rob. Afuera, afuera, señor valiente. (*A Rendones mientras el poeta canta.*) Salid conmigo, que sino, ¡voto á Santiago! que os arrastre por los cabezones.

Rend. Os escuce lo de la dama... ¿eh? Pues vamos á los jardines, y cuidado con caer, que estais un poco des-nivelado...

Rob. ¡Mejor cuchillada...! (*Vanse durante el coro.*)

Dor. ¡Señores, señores, que se van! ¡un lance! ¡una riña...!

Muzq. ¿Cómo? ¿quién?

Dor. Rendones y Robleda: desafiados.

Cab. 1.º ¡Hola! ¡Haya paz! Á la mesa todo el mundo.

Dor. ¡Van á matarse!

Mend. ¡Ea! ¡dejadlos! Hacen bien: que se maten.

Todos. Dejadlos que se maten.

Muzq. Por mí dejadlos. Luego sabremos lo que ha sucedido.

Dor. (*Aparte.*) Rendones es muy sereno; ¿pero quién sabe? Corro á ver si los encuentro.

Beat. ¡Dorotea! ¡Dorotea! ¡Adónde vas?

Pach. Si quiere verlos, ¿qué diantres! que los vea reñir.

Mend. ¡Que se diviertan! Aquí todos son libres. A nadie se le debe cortar su intencion. El caso es pasar el tiempo alegremente.

Muchos. ¡Bien dicho!

Cab. 1.º (*En pie.*) ¡Brindo!

Todos. ¡Brindis, brindis! Escuchad.

Cab. Por el oro de las Indias, y las mugeres de España...

Varios. ¡Viva Fortuna...! ¡viva Beatriz...! ¡Margarita!

(*Muchas palmadas: el poeta, poniéndose en pie, canta.*)

Volcanes requeman
Mi frente encendida;
Mas alma, mas vida
Crecer siento en mí:
Torrentes de vino
Las mesas esmalten,
En mil piezas salten
Cien copas y mil.
Coro. ¡Oh! caiga &c.

(*Por la puerta del jardín entran, cogidos del brazo y bulliciosos, Dorotea y Rendones repitiendo la última parte del coro con grandes risotadas.*)

Pach. (*Brinda.*) ¡Caballeros, á la salud de los maridos!
¡Porque el cielo los mantenga en su ceguedad...!

Muchos. (*Beben.*) ¡Amen, amen!

Mend. A ver, sepamos, Dorotea, ¿qué es de nuestro alferéz?

Rend. Nada, poca cosa, señor don Alvaro.

Mend. Le habeis atravesado de banda á banda... ¿ó qué diablos habeis hecho con él?

Rend. Os vais á morir de risa: escuchadme. Salimos... yo iba muy fresco, porque no he bebido de provecho; pero mi hombre haciendo regates, y dando traspiques... "Donde os acomode," le digo. "¡Chito! marchemos de calla-

da," respondió; y poco despues me dice: "¡alto! aqui estamos bien: nadie se mueva, el enemigo está encima..." Yo me preparaba al lance, cuando la voz de Dorotea, que llamaba: "caballeros, caballeros..." vuelve Robleda la cabeza, desenvaina y grita con fuerza... "¡España y Santa Teresa! ¡á ellos! ¡Victoria, victoria!" Decir esto y caer hecho un lío sobre las murtas del laberinto, todo fue uno. Yo acudí, Dorotea llegó, y procuramos levantarle, pero en vano. El campeón se empeñó en dar el asalto, y sin moverse del sitio seguía voceando: "¡no hay cuartel, no hay cuartel...! ¡Ostende por el archiduque!"

Todos. (Riendo.) ¡Bien!

Rend. Allí le dejamos panza arriba encarnizado en los protestantes.

Muchos. ¡Bravo por el veterano! No haya miedo que se le escape la plaza.

Marg. Vamos á verle: le pondremos una corona de mimbres y le traeremos en triunfo.

Algunos. ¡Sí, sí, la corona!

Muzq. Mejor será dejarle. Que le dé la luna: á ver si la bolsa se le llena de escudos, ó si le deja encantado alguna bruja.

Pach. Le conviene tomar el fresco.

Dor. Es lo mejor, que se refresque.

Mend. Te acompañaré, Fortuna.

Fort. Sí, marqués, quiero verle voceando en medio del jardín. Me divierte mucho ver un hombre alegre.

Mend. Voy contigo, hermosa. Aqui tienes mi mano. Digo... si me lo permites, reina mia.

Fort. Señor galan, con el alma y la vida. Nunca mas honrada ni con tan gentil persona. (*Vanse dándose las manos.*)

Cab. 1.º Sí, sí, vamos á ver á Robleda. Mi copa queda rebosando: nadie la toque. (*Vase siguiéndoles.*)

Rend. (*Llena las copas y beben.*) ¡Bebamos!

Beat. Está hermosísima la noche.

Cab. 4.º Ahora pasaremos y bailaremos en el cenador.

Pach. Licenciado Muzquiz, ¿conoceis al autor de la última comedia nueva?

Marg. ¡Qué linda es la última comedia nueva! A mí me contentó sobremanera.

Muzq. ¿De cuál decis, señor, Pacheco? ¿Os acordais del título?

Marg. Yo le diré... se llamaba... ¿Quién resiste á la muger? Ó el incendio de los mares. Todos fueron aplausos, alborotó el concurso.

Muzq. (Con desden.) Pues no conozco al ingenio. No es estraño, ellos son infinitos á escribir comedias. Yo no voy por ese camino, sino que hago coplas para soldados, marineros, enamorados y gente risueña. Lo cierto es que me va bien y no me ando en adulaciones, que es la mia. Siempre estoy entre jarras, vasos, guitarras y panderetas.

Pach. Pardiez que os mamais una vida como la de un papa, amigo Muzquiz.

Cab. 3.º ¿Qué duda tiene? Mejor que la de un indiano.

Muzq. Sea como quiera, afirmo que no la cambio por ninguna.

(*Rendones y Dorotea empiezan, y los demas siguen cantando el coro. Entra el padre Rafael, y no reparan en él.*)

P. Raf. Por fin he podido penetrar hasta aqui. Antes de irme de la corte para siempre quiero ver á Mendoza. Quiero amonestarle. ¡Pobre huérfana! ¡Víctima de los engaños del mundo! Esta idea siempre fija no me deja ni de dia ni de noche... una fiesta... un convite... ¡Qué diferencia! Preguntaré... (*Se acerca.*) Caballeros, perdonad si os interrumpo...

Pach. (Con frialdad.) ¡Hola! ¡Ah, padre Rafael!

Cab. 2.º El padre Rafael... ¿pues no se hablaba de su destierro?

Pach. (Le ofrece silla.) Sentaos, si gustais.

Rend. No habia cumplido el término para la salida... (*Ofreciéndole un vaso.*) Ahí tiene su reverencia, beba sin miedo.

P. Raf. (¡Delirantes!) Gracias, gracias. Busco á don Alvaro: ¿me podeis decir dónde se halla?

Pach. Aqui estaba ahora mismo... (*Al poeta.*) ¿Se fue don Alvaro?

Muzq. Salió á pasear por los jardines.

Rend. ¿No? Pues él se lo pierde. (*Bebe.*)

Beat. Ahí le teneis. Ya viene.

(*Mendoza entra por la verja dando el brazo á Fortuna.*)

Mend. Mucho juicio teneis, amigos. Fortuna y yo volvemos á reanimar vuestra languidez. Qué, ¿no hay quien cante?

Pach. Aquí te buscan.

Mend. ¿A mí? ¿Quién me busca?

P. Raf. (*Adelantándose.*) Señor, quisiera hablaros un instante.

Mend. Veamos: ¿qué se os ofrece, buen religioso?

P. Raf. ¿Qué! ¿no me conocéis?

Mend. De sobra: pero veamos qué embajada es la vuestra para esta hora intempestiva. ¿Quereis dinero para el viaje?

P. Raf. Marqués de Palma, nada quiero para mí. A vos solo importa lo que voy á deciros. Oidme sin testigos.

Mend. Padre Rafael, pocas arengas: no andemos con embelecocos: hablad delante de mis amigos, ó volved otro día, ó no volvais nunca, que por cierto no os he menester.

P. Raf. Lo sé, lo sé; os encontrais muy encenagado en los deleites y mentiras de la vanidad para pensar en la religion, ni en sus ministros. Pero mañana dejo para siempre el teatro de vuestros desordenes, y vengo antes á haceros oír la voz del cielo.

Mend. Aquí no hay mas voz que la mia, y en mi casa no sufro reconvenciones impertinentes. Salga de aquí sin tardanza el buen fraile, que le puede costar muy caro su atrevimiento.

P. Raf. El santo celo que me anima aleja de mí todo temor, y me alienta á arrostrar vuestro enojo. Marqués de Palma, tus pecados son enormes: vuelve los ojos sobre tí mismo y sobre tu salvacion. Deja tus locos extravíos, abandona los falsos gustos con que el demonio te trae embebecido; huye la ambicion, los festines, los amores mercenarios, y las mil abominaciones en que andas. La penitencia te llama... Sí, la penitencia te llama, y el rayo (*Todos rien.*) esterminador brilla sobre tu cabeza. Aun es tiempo, don Alvaro, mañana tal vez será tarde..

(*Unos rien fuertemente sin hacer caso de lo que hablan el padre y Mendoza. Otros producen murmullos contra el fraile.*)

Unos. ¿Ja, ja, ja! A Margarita le toca; dejarla, dejarla, á ver si lo acierta.

Otros. ¡ Afuera el misionero ! ¡ Afuera !

Fort. (*Abanicándose y componiendo el vestido.*) ¡ Jesus !
¡ Qué fastidio !

Mend. Dad gracias á la corona y al hábito que llevais puesto... pero mirad, padre, si os vais de prisa ; porque sino ¡ voto á crivas ! que os haré echar á coces por mis lacayos.

P. Raf. ¡ Insensato ! ¡ Desoyes la voz de la divina misericordia, te burlas de Dios ofendido, quizás no crees en las penas de la otra vida... ! Pero entonces, impío, ¿ con qué derecho imaginas tú que habias de verte nadando en la opulencia, mientras las víctimas de tu iniquidad gimen en la desesperacion ? ¡ Te acuerdas de Clara, inicuo ? ¡ Piensas en don Pedro de Figueroa ? ¡ Te has olvidado, ingrato, del pago que distes á los beneficios de tu tío el conde de Piedrahita ?

Mend. (*Colérico.*) No puedo mas. Fraile ó serpiente, tú deliras como un poseído. Afuera, repito, escapa, marchate... que mi espada está saltándose de la vaina.

P. Rafael. (*Fervoroso.*) ¡ Señor ! ¡ Tened piedad de este miserable ! Que vuestra mano toque en su empedernido corazon y...

(*Entran por el jardin Robleda, borracho, y el Cab. 1.º que le acompaña.*)

Rob. Ya han pagado los sueldos. ¡ Viva el general ! ¡ Viva el maestro de campo ! ¡ Al saqueo, muchachos, al saqueo !

P. Raf. (*Escandalizado.*) ¡ Qué es esto, Dios mio !

Cab. 1.º Camaradas, aqui está el invencible Robleda.

Rob. (*Repara en el fraile.*) ¡ Calla ! ¡ Por aqui andais, señor capellan ? ¡ Habeis visto á los hereges ? ¡ Qué peste de canalla ! (*Riendo.*) ¡ Ji, ji, ji, ji ! Como hormigas iban muriendo sin confesion. ¡ Duro ! ¡ Duro... !

Pach. A la salud del vencedor de Ostende. (*Beben todos con algazara.*)

P. Raf. ¡ Infeliz ! ¡ Privado de la razon, esclavo de sus vicios ! ¡ Qué vergüenza ! ¡ qué miseria... !

Mend. (*Con furor.*) ¡ Qué ! ¡ Todavía estás ahí, pobre fanático... ? Espera, aguarda... (*Tira de la espada.*)

Fort. (*Deteniéndole.*) Teneos, señor marques, teneos ; ¿ qué vais á hacer ?

P. Raf. ¡ Desgraciado ! ¡ mira lo que haces... ! ¡ Santo Dios, compadecedle !

Muchos. ¡Quítese de ahí el importuno!

Pach. (*Cogiéndole del brazo.*) Vente, Mendoza: ¡á la mesa, á la mesa! no hagas caso de ese loco.

Mend. (*Yendo á la mesa.*) ¡Hola, camareros! ¡Hola, pages!

Muzq. Allá va el alferez: ¡dejadle, dejadle!

Rob. (*Al fraile.*) ¡Por San Telmo! ¡Que llueven turcos dentro de la capitana! ¡Por allí, por allí, padre cura! ¡A la lancha de cabeza! ¡Que estais estorbando... vi-voóó...!

P. Raf. ¡Escándalo! ¡Reprobacion...! ¡Temblad, infames, la venganza del cielo! (*Vase.*)

Rob. (*Corriendo al jardín.*) Se salvó. ¡Al agua, moros! ¡fuego á la andanada! ¡rinde, Mahoma!

Mend. ¡Corriendo va el fraile como perro con maza! (*Todos rien.*)

Muzq. ¡Bomba, bomba! (*Se levantan.*)

Varios. ¡Silencio, silencio!

CANTA EL POETA.

Fosfórico el globo
En torno á mí gira,
Su asiento retira
La tierra á mis pies:
Y al aire en confuso
Rumor me levantan
Furiosos que cantan
Al Chipre y Jerez.

Coro. ¡Oh! caiga &c.

Mend. Mentecato, no sé cómo no le he molido las costillas... Ahora se me viene con responsos... Que mi prima es monja... Séalo por muchos años. Al que es tonto su fortuna le vale. ¡Ja, ja, ja! Ni yo sé cómo vive el tal Figueroa... preciso es que tenga siete vidas como los gatos. (*A Pacheco.*) ¡Te acuerdas tú del dichoso desafío? Vamos... atravesado completamente. La mitad de la hoja le salia por la espalda...

Rob. ¡Soberbia estocada...! (*Rien los hombres.*)

Otañ. (*A Mendoza.*) Un billete para vuestra señoría.

Mend. (*Le toma.*) Venga. ¿Quién le ha traído?

Otañ. Una muger tapada.

Mend. Que aguarde.

Otañ. Creo que se fue.

Mend. Vaya con mil santos. Está bien, Otañez. (*Vase Otañez.*) (*Despues de ver el papel.*) ;Aventura, aventura, caballeros!

Varios. ;Silencio, silencio!

Mend. Os voy á leer el billete: "Al señor don Alvaro de Mendoza, marqués de Palma. (*Lee.*) Caballero: si como sois galan y bizarro, tenéis valor para merecer los favores de la suerte, á las doce en punto de esta noche, cuando toquen á maitines, acudid á la plaza de la villa, donde hallareis quien os guie á la presencia de una dama que siempre habeis tenido por hermosa. Pero advertid que es condicion precisa la de que os dejéis vendar los ojos, y que si el ánimo os falta, no trateis de acometer la empresa. Dios os guarde. Once de Julio de mil seiscientos veinte y cuatro." ;Qué tal, caballeros?

Muzq. (*Cogiendo la carta, que tiró Mendoza sobre la mesa.*)

Es letra de muger enamorada, por vida mia. ;Cómo se conoce que le temblaba el pulso al escribir!

Mend. ;Qué te parece, amigo Pacheco? Con lo que se viene de si me faltan los ánimos... ;Vaya, vaya!

Pach. ;Linda flema!

Mend. A nosotros los que nos hemos andado buscando batallas por toda la redondez de la tierra, ;eh? Cuando en el dia no hay paseante en corte que por una muger cualquiera no se deje atar las manos á la espalda...

Rend. Es que en todo caso aqui está mi espada, que se pinta sola para eso de aventuras nocturnas.

Mend. ;Qué estais hablando, Rendones? No señor: iré solo, y sobra gente, aunque se tratase de bajar á los profundos infiernos. Asi como asi, ya estaba yo deseando alguna ocasion de andar á cuchilladas. ;Miren qué apuro es el de ir á una cita! Como quien dice á la vuelta de la esquina.

Pach. (*Habla con Mendoza.*) ;Sabes que me presumo de quién podrá ser la cita? Oye.

Beat. (*Con la carta.*) Y huele á ambar que trasciende.

Marg. Será de alguna señora principal.

Fort. (*Picada.*) Sí, seguramente. De alguna de esas damas encopetadas que siempre estan dándose importancia, despreciando á las otras; y dale con su nobleza, y torna

con su honor, y vuelve con su decoro... ¡hipócritas!

Mend. Pueden ser tantas... sea la que fuere. ¡Qué niñería! No me acuerdo qué plaza estábamos sitiando en Holanda — la de Mastrik sería; lo cierto es que todas las noches escalaba yo el muro para ir á ver á la hija de un fabricante... ¡y nada! ¡tan fresco! (*Frotándose las manos.*) ¡Qué muchacha tan bonita...! ¡mas rubia que unas candelas!

Pach. De esas y como esas eran por allá moneda corriente.

Mend. Y á todo esto, ¿qué hora es? (*Mira el reló.*) ¡Diantre! Las once y media. Me voy á tomar la capa. Fortuna, con tu licencia; supongo que no te enfadas. Señores, siga la danza como si nadie faltase: si estais aquí cuando vuelva os contaré...

Varios. Sí, sí...

Pach. Verás cómo es la que yo sospecho.

Mend. ¡Ojalá! Me alegraría en el alma. (*Mira el reló.*) La media. A Dios, caballeros. (*Vase.*)

Varios. Buena dicha, hasta la vuelta.

Muzq. Brindemos á la aventura del marqués, porque sea completa en los brazos de una diosa. (*Beben todos.*)

Rend. ¡A danzar! ¡al cenador!

(*Vanse con algazara cantando el coro.*)

Cuadro segundo.

La celda de Clara: el arca abierta: Clara de rodillas junto á ella, teniendo una mano del cadáver, que besa á veces. Un rayo de luna entra en la estancia.

ESCENA PRIMERA.

CLARA.

No, todavía no ha acabado todo para mí en el mundo; (*Con la calma de la desesperacion.*) todavía me queda un placer que gozar: el último, y morir despues. Sí, me queda todavía mi venganza. ¡Don Pedro! ¡Esposo mio! ¡Muerto por mi culpa! ¡Ah! ¡maldita debilidad la de una muger! mi desmayo te costó á tí la vida. ¿Por qué no pasé de él á la muerte? ¿Para qué volví á ver la luz? ¿Para hallarte ahogado, muerto...! ¡Oh! ¡Si supiera dónde estan las semillas de la vida, si á costa de sufrir y de todos los martirios imaginables pudiera darte otra vez el espíritu que te animaba...! ¡Oh! ¡no, no hay remedio ya! Pero ya no nos separaremos nunca; yo tambien estoy resuelta á morir. El cielo ha desatendido mis lágrimas, me ha despeñado en el crimen... Pues bien, él sea el último consuelo de mi corazon; un crimen sea la última accion de mi vida. Sí, mi alma se consagra por toda una eternidad á todos los tormentos del abismo: mi alma renuncia para siempre á ese Dios tan injusto conmigo. Un crimen es ahora mi única esperanza; un crimen que á tí, don Pedro, y á mí nos vengará por último de nuestro enemigo, del hombre que ha causado todas nuestras desgracias. Perdóname, esposo mio, si tu Clara respira aun y ama todavía la vida. Un momento nada mas: te vengaré y volaré despues á juntarme contigo. ¡Oh! Sí, yo me siento en este

instante animada de un valor invencible; miro el mundo todo y cuanto dirán, con absoluto é indiferente desprecio: en el mundo no hay nada para mí mas que yo y mi venganza. Pero ¿vendrá él? ¿Seré tan desventurada que, ya resuelta á cometer el crimen, el infierno no favorezca mis planes? ¿Si Mendoza no viniera...! ¡Oh! ¡entonces sería el colmo de la desesperacion! ¡Morir y dejarle á él vivo en el mundo y dichoso! ¡Cuánto tarda esa muger! ¡Necia! ¡ella queria saber para qué le llamaba yo...! ¡Cuán lejos está de comprender mi alma! ¡Y se asombraba de mi empeño en hacerle venir! ¡Ah! ¡Yo la he dado la cruz de brillantes que me dió mi madre al morir! Pero ¿qué hay ya que sea sagrado para mí? ¿Para mí, que doy mi alma al infierno en cambio de mi venganza? — Alguien viene... ¿Será él? ¡Oh! no me faltarán las fuerzas... el volcan que abrasa mi alma dará esfuerzo á mi corazon y á mi brazo.

(Toma la daga de don Pedro, cierra el arcon, y espera azorada junto á la puerta.)

ESCENA II.

CLARA. TERESA.

Clara. ¿Viene? ¿Te ha prometido venir?

Ter. Esperad, señorita, dejadme respirar un momento. ¿Vengo tan cansada! ¿Qué palacio tan magnífico! ¡Y qué cena, qué algazara! ¿Qué lujo! á la verdad que debe de ser un señor muy rico.

Clara. Pero tú le diste la carta, y él...

Teresa. Sí señora; hice lo que me mandásteis: pregunté por la casa del marqués de Palma, y al momento; ya se ve, como que es un gran señor, y no hay nadie que no le conozca. Pero ¡Jesus! Señora, no miro á ese arcon una vez que no me dé miedo; no sé cómo teneis valor para quedaros aqui sola con el muerto. ¡Desgracia como ella! ¿Quién lo habia de haber creido? ¡en un momento! Y luego como la señora abadesa tenia la llave, y tardásteis tantas horas en volver en vos del accidente...

Clara. ¡Ah! es verdad. ¡Ojalá que no hubiera vuelto en mí nunca! Pero di, Teresa, di, ¿ha dicho que vendria?

Ter. Sí señora, la carta se la di á un criado. Pero ante

todas cosas, ese cadáver es menester sacarle de aquí: ya os dije que hablaría á mi marido. ¡Pobre caballero! ¡Tantas horas encerrado ahí sin poder respirar! ¡Jesus, cuánto padecería para morirse!

Clara. ¿No es verdad...? ¿no es verdad que padecería mucho? Pero él va á venir sin duda, él va á venir.

Ter. Él va á venir. Seguramente que esperais mucho de su venida; porque teneis un afán...

Clara. ¡Ah! ¡va á venir! ¡va á venir! Tú no sabes, Teresa, el favor que me has hecho: no, tú no puedes ni imaginarlo siquiera. Mira, toma, todavía me queda esta sortija; tómala, y sé rica y vive feliz con tu marido.

Ter. Pero señora, ese cadáver... si lo encontráran aquí... ¡Sabeis que os emparedarian viva! Tened cuidado que no lo vea ese señor, no sea que lo cuente y...

Clara. No, ese señor no se lo contará á nadie, yo te lo prometo.

Ter. Pero si por casualidad... ¿no valdria mas sacarlo de aquí? Yo se lo diré á mi marido, y esta noche misma quedará enterrado en la huerta.

Clara. No me hables mas de eso; es el favor que te he pedido. Mañana, sí, mañana... ¡Oh! Déjame, vete, no sea que se pase la hora. Tú le habrás citado aquí cerca, con los ojos vendados. Cuidado que no le has de decir quién le llama.

Ter. Sí, sí; voy al instante: ¡miedo me da de dejaros aquí sola con un muerto! Pero ¡qué he de hacer! Voy á obedeceros. (*Vase.*)

ESCENA III.

CLARA.

Por último va mi venganza á cumplirse. ¡Siento una inquietud! El corazón quiere saltarse del pecho. ¡Ah! ¡Cuán amargo es el placer de vengarse! ¡Pero es al fin un placer...! Mi sangre hierve. ¿Y yo, yo voy á cometer un crimen? ¿Á asesinar un hombre? ¡Yo, en otro tiempo tan tímida!—Qué serena está la noche; no hay una nube, todas estan en mi alma. Todo está tranquilo, todos duermen, todos son sueños de felicidad para los que ahora reposan y se entregan tal vez á las ilusiones de la espe-

:

ranza. Y todos ignoran mi desventura, y nadie piensa en esta triste celda, mansion del llanto y de la muerte. ¡Ah! Yo tambien en otro tiempo... ¡Mendoza...! Él vino á turbar mi felicidad... ¡Ah! Yo tambien he de arrebatarte la tuya... ¡Un gran señor, con tanto lujo, en un palacio magnífico, dichoso, rodeado de amigos, de mugeres tal vez que le aman, embriagado en el placer y el vino! ¡Qué poco piensa que ahora mismo en medio de su festin le está acechando la muerte! ¡Sí: su felicidad pasará como la mia ya pasó, como un sueño...! Y yo, yo misma seré quien se la arrebatará para siempre. ¡Ah! Tú vienes imaginando deleites, delirando nuevos placeres; tú juzgas tu aventura, tu cita de esta noche, una cita, una aventura de amor. No, don Alvaro, la venganza te ha citado, y la muerte es la muger enamorada que te espera para estrecharte para siempre entre sus brazos. Títulos, grandezas, oro, esperanzas, todo esta noche lo vas á perder para siempre. Sí: Clara, aquella pobre muger, débil, que despreciaste, que sacrificaste á tu ambición; aquella muger en quien tú ya no piensas, sobre cuyas ruinas has elevado tú tu fortuna, como sobre un monton de escombros, se edifica un suntuoso palacio; aquella muger que por tí ha perdido su bien, su amor, su existencia, y todo en fin en el mundo; aquella muger misma, es la que ahora te llama para saciar con tu malvada sangre la sed de venganza que incendia y devora su corazon... Siento ruido. No, todavía no viene... ¡Ah! esta daga... ¡Bien se clavará en su corazon!!! Pero es morir de un solo golpe... ¡Y no sufrirá las agonías que tú, esposo mio, has sufrido al morir...! Y si mi brazo débil, incierto... ¡Oh! no: este veneno que esa muger me trajo sin saber lo que yo le pedia... Sí, el veneno, el veneno devorará sus entrañas, y abrasará lentamente su corazon. ¡Esposo mio, esposo mio! ¡Ah! Voy en fin á vengarte. ¡Tú, muerto, arraucado de mí cuando apenas nos alumbraba otra vez la aurora de las ilusiones! ¡Esposo mio! ¡ah! ¡mis lágrimas escaldan como plomo derretido! (*Llora y se deja caer en un sillón.*)

ESCENA IV.

CLARA. TERESA. MENDOZA, *que entra, vendados los ojos.*

Clara. (*Abre la puerta.*) Ya está aquí... ¡toda yo tiemblo!

Mend. ¡Hemos llegado ya, maldita vieja! ¡Voto á Satanás!

Hacerle á un hombre como yo jugar á la gallina ciega... por mi vida, que si me llevo chasco, que...

Ter. ¡Chist! Silencio, caballero; entrad, permitid que os quite la venda. (*Lo hace.*)

Mend. Gracias al diablo, que ya no necesito de lazarillo.

Pero ¡qué veo? ¡Estoy en una celda, ó estoy soñando?

¡Pardiez que no tengo yo vocacion de fraile! ¡Clara!

¡mi prima! ¡Voto va! que es el lance mas raro que ha sucedido en mi vida.

Clara. (*Azorada.*) Sí, don Alvaro: yo soy la que os he llamado. Retírate, Teresa.

Ter. Si ocurre algo, ya sabeis cómo me habeis de avisar.

Dios nos saque con bien de este laberinto. (*Vase.*)

ESCENA V.

CLARA. MENDOZA.

Mend. ¡Por vida del papa mismo! ¡Que me alegro que te haya dado la ocurrencia de llamarme... ¡Ya se ve! ¡Qué demonio! al cabo de año y medio de encerrona, natural es que quisieras saber algo del mundo: pero es preciso confesar, Clara mía, que sois las mugeres el animal mas caprichoso que cubre el cielo. ¡Vea usted y cuándo se ha ido á acordar esta muchacha de mí!

Clara. No creo que tenga tanto de extraño que yo me acuerde de vos. (*Con amargura.*)

Mend. Cierito, hija: á mí no me estraña nada en el mundo.

Pardiez, lo pasado, pasado, y tan amigos como antes. ¡Vive

Dios! que estás aquí rodeada de santos, que no han de dejar

que te lleve el diablo. (*Cambiando de tono.*) No hagas caso

de lo que diga, porque hemos tenido una merendona varios

amigos, y te confieso que el Jerez me ha puesto de buen

humor. Cuando venia con los ojos tapados veía yo mas

lumbres que estrellas hay en el cielo. Pero es preciso con-

fesar que es un lance ; ¡ ja, ja, ja! (*Se ríe.*) ¡ Vamos, de lo mas raro que puede suceder en el mundo!

Clara. ¿ Te has divertido mucho? Estás contento, eres feliz, ¿ no es verdad? (Horror me causa su vista... Corazon mio, valor.)

Mend. Y aqui tú ¿ en qué diablos pasas el tiempo? Rezar y mas rezar, esa será vuestra ocupacion continua : y como todo lo diario cansa, como dice no sé qué poeta pagano, tú has colgado el rosario, y acordándote de lo mucho y bien que siempre te ha querido tu buen primo, me has hecho llamar para variar un poco la escena. ¡ Bravo! Lo apruebo : bueno es rezar ; pero no es para todas horas. La cosa, bien mirado, es lo mas natural.

Clara. Don Alvaro, ¡ qué buen humor teneis! (¡ Me acercaré á él! ¡ Qué dudo!) ¿ No os remuerde, al verme, de nada vuestra conciencia?

Mend. Vamos, bien dicen : escrúpulos de monja. Prima mia, ¿ á mí de qué me ha de remorder la conciencia? ¿ De haber entrado aqui? En primer lugar que yo no he visto dónde entraba, y en segundo que es una obra de misericordia consolar á las monjas tristes.

Clara. (¡ Blasfemo!)

Mend. ¡ Pero que tímida estás! Vamos, ya que he venido, no me parece justo salir de aqui sin merccer antes algo mi buena dicha : ¿ á qué me has llamado si no? Vamos, anímate, y pasaremos charlando alegremente la noche (*Tomándola una mano.*)

Clara. Sí, tienes razon : pasaremos alegremente la noche. (*Clara le da la mano izquierda quedándose un poco á la espalda, y saca el puñal con la derecha.*)

(Esposo mio, perdonadme.) ¡ Oh! Sí, Mendoza, sí; te he llamado porque quiero salir de aqui, y que hagamos juntos un viaje largo, muy largo.

Mend. Mira, hija, deja ese tono de misionera, y corra el mundo y divertámonos.

Clara. (¡ Oh! si yo errara el golpe!) (*Amagándole el golpe á la espalda.*)

Mend. (*Hace un movimiento, y Clara esconde la daga.*) ¡ Qué calor hace! ¡ Esa ventanilla es tan chica! ¡ Y luego ese maldito de Robleda que se ha empeñado en que aqui se puede beber tanto como en Flandes, sin acordarse de lo diverso que es alli el clima! Apostó conmigo á quien

bebía mas Pajarete, y fue necesario empinar el codo por no dejarse vencer. Tengo la garganta como un esparto.

Clara. Acercaos á la ventana, don Alvaro. (¡Oh! ¡cómo haré!) ¿Quereis un vaso de agua? Quizá os refrescará un poco... ¿no sentís sed?

Mend. ¿Sed? no, no quiero agua. ¡Si hubiera sido otro vino! Pero el Pajarete es capaz de abrasar las entrañas de un santo de piedra. Vaya, ya que te has acordado, dame esa agua, á ver si me calma un poco.

Clara. (Con demostraciones de júbilo desesperado.) ¡Oh...! ¡Sí, agua! Voy á dártela al punto: sí, te calmará, te aliviará sin duda la sed. (¡Y la mía al mismo tiempo!)

Mend. (Es buena esta pobre muchacha; se desvive por mí.) Bien dicen, Clara mía, que mas vale caer en gracia que ser gracioso; dígolo, porque antes que te queria yo agradecer no pude conseguirlo por mas que hice, y ahora cuando apenas pensaba en tí, hé aqui que me buscas tú misma.

Clara. (Toda trémula echa los polvos en el agua y se la presenta.) Aqui teneis el agua; bebed, que os hará mucho bien.

Mend. (Tomándola la mano.) Clara mía, ¿no es verdad que vives aqui aburrida y fastidiada sobre manera? Estás desmejorada un poco, pero no menos hermosa; al contrario, esa misma palidez hace realzar tu belleza. Deja aqui el agua sobre la mesa.

Clara. (¡Qué turbacion!)

Mend. ¡Parece que estás sobresaltada...! tienes las manos hechas un hielo. ¿Qué tienes, Clara? Huyes de mí los ojos... Pero... ya caigo. Es natural, te asusta el peligro que corres si me encontráran aqui contigo en la celda... el pudór quizá...

Clara. ¿No bebes, Mendoza?

Mend. Sí, pero antes quisiera estampar mis labios en tu hermosa mano.

Clara. (¡Oh tormento inaguantable!) (Retirando la mano, y volviéndose á dejar al momento.)

Mend. ¡Retrechera! Vaya: bebamos agua, y castigemos con ella el vino. (Mirando el agua.) Está un poco turbia.

Clara. (¡Cielos!)

Mend. Á tu salud. (Bebe medio vaso.)

Clara. ¡Oh...! ¿no bebeis mas?

Mend. No, he bebido bastante.

Clara. Sí, bastante; yo tambien voy á beber, tambien yo estoy ardiendo... (*Bebe el resto del vaso.*) ¿No es verdad que sabe muy bien esta agua? (*Con risa sordónica.*)

Mend. Como cualquiera otra, sino es que el traerla tú la ha dado mejor sabor.

Clara. (*Con tono imponente.*) ¿Creeis, don Alvaro, que esta hora es hora de galanterías y chistes? ¿Creeis que no sea ya hora de que nos encomendemos á Dios, y roguemos por nuestra alma?

Mend. Clara, ¿deliras? Este momento es uno de los pocos que el cielo concede al hombre para que se entregue al deleite y á las caricias del amor. Deja, repito, ese tono de misionera, y no pensemos sino en complacernos mutuamente y gozar de este instante que la fortuna nos ha concedido.

Clara. ¿No sentís alteracion ninguna dentro de vos? ¿No sentís arder vuestras entrañas? Don Alvaro, ha llegado el momento terrible de que mi venganza se cumpla; vuestra última hora ha sonado. La maldicion que hicisteis caer sobre mí, ha herido ahora nuestras frentes á un mismo tiempo. Tú, monstruo, viniste á turbar mi dicha... me has arrebatado mi inocencia... me sepultaste en un claustro donde se ha abierto para mí el camino del infierno, en vez de abrirse el del cielo. Y mientras tú reías entre el oro y los placeres, yo callaba y sufría, y recordaba en mi soledad el amante que tú me hiciste perder: ¡ah! Yo lo he perdido todo por tí; y justo, muy justo era que algun dia te pagara yo tantos males. Nada nos debemos ya: tú me has perdido, y yo te he envenenado.

Mend. ¡Muger ó demonio! ¿dices verdad...? Siento un ardor... ¡Qué me has dado, muger, que sufro todos los tormentos del infierno!

Clara. No os altereis, don Alvaro; acordaos de aquella calma... ¿no os acordais? ¡Mirad, ved á don Pedro de Figueroa, vedlo muerto! ¡muerto por vos! ¡Ved aqui vuestra obra!

Mend. ¡Maldicion! ¡Clara! ¡Ah! no hay duda, sí. ¡Yo estoy envenenado! Pero no he de ir yo solo, esta daga... (*Tirando de su puñal.*)

Clara. Sí, ven, hiéreme: ¡necio...!! ¿No has visto que yo he

bebido tambien? No, no irás solo: todos iremos juntos al infierno, todos llevaremos el mismo camino. Todos mano á mano entraremos en él, y los demonios festejarán nuestra llegada... ¡ah! (*Se deja caer en la silla.*)

Mend. ¡Favor! ¡muger infame! ¡Ah! no importa: ¡yo necesito desahogarme dándote de puñaladas! ¡Maldicion! (*Quiere ir hácia Clara, pero le faltan las fuerzas y cae.*)

Clara. (*Desfallecida y delirante.*) ¿Y tu ambicion...? ahora... (*Llaman con estrépito.*) ¡Sí, ya estan, ya estan ahí...! ¡los infernales espíritus...! ¡Don Pedro! ¡Esposo mio...! (*Se oye la campana del alba. Los golpes se redoblan, la puerta salta.*)

Abad. (*Llamando.*) ¡Sor Clara! ¡Sor Clara! ¡abrid!

Mend. (*Desesperado.*) ¡Morir así...!

Clara. (*Moribunda.*) ¿Quién me llama? Así... ¡mi venganza!!

Monjas. (*Entrando.*) ¡Qué horror...!!!

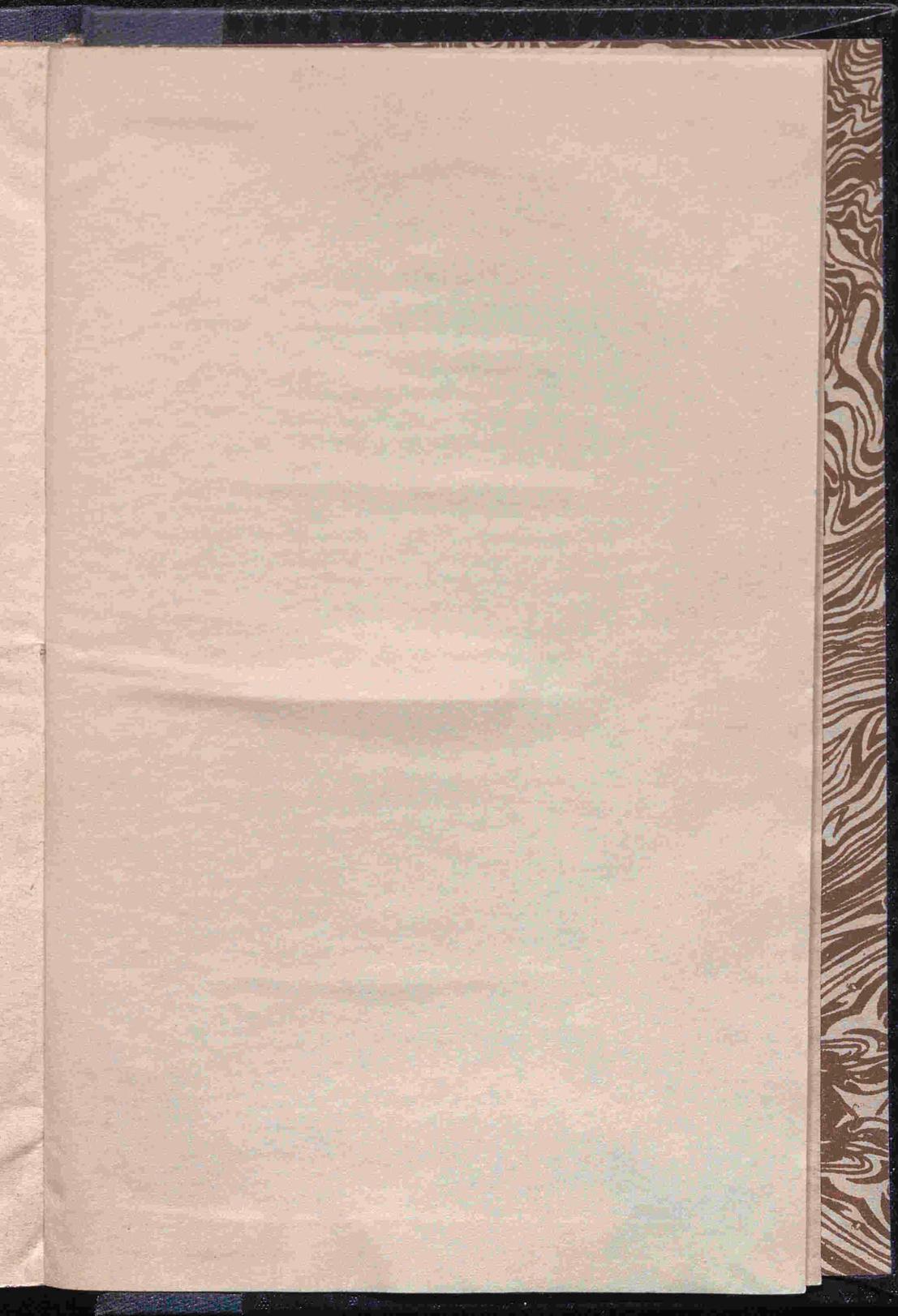
Mend. ¡Ira de Dios! ¡Condenacion eterna! (*Muere.*)

Abad. ¡Misericordia, misericordia, Dios mio!

Clara. ¡Sí, Dios mio...! ¡misericordia de mí!!! (*Espira.*)

FIN DEL DRAMA.

Este drama es propiedad del Editor, quien perseguirá ante la ley al que le reimprima ó represente en algun teatro del reino sin recibir para ello su autorizacion, segun previene la Real orden inserta en la Gaceta de 8 de Mayo de 1837 relativa á la propiedad de las obras dramáticas.

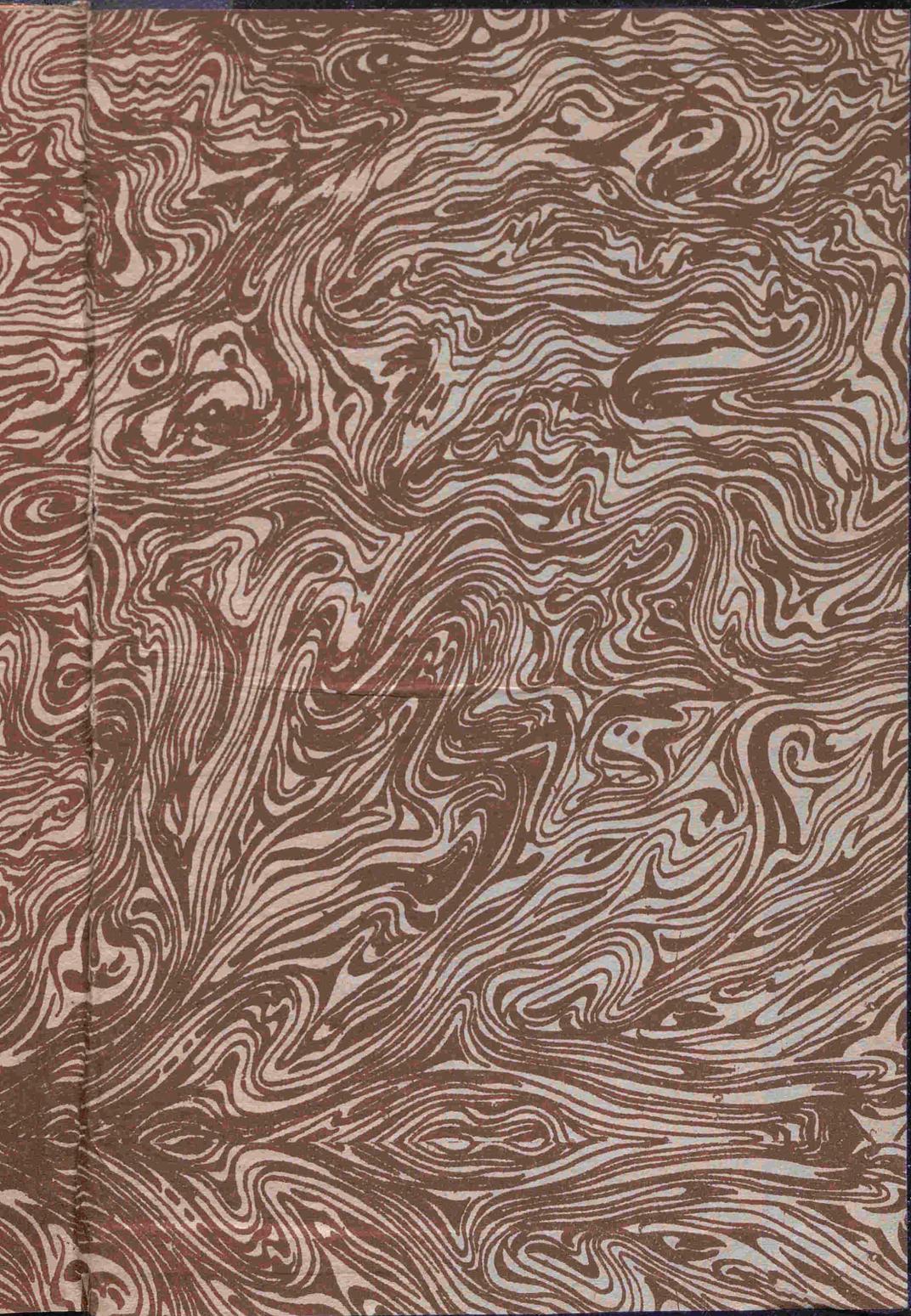


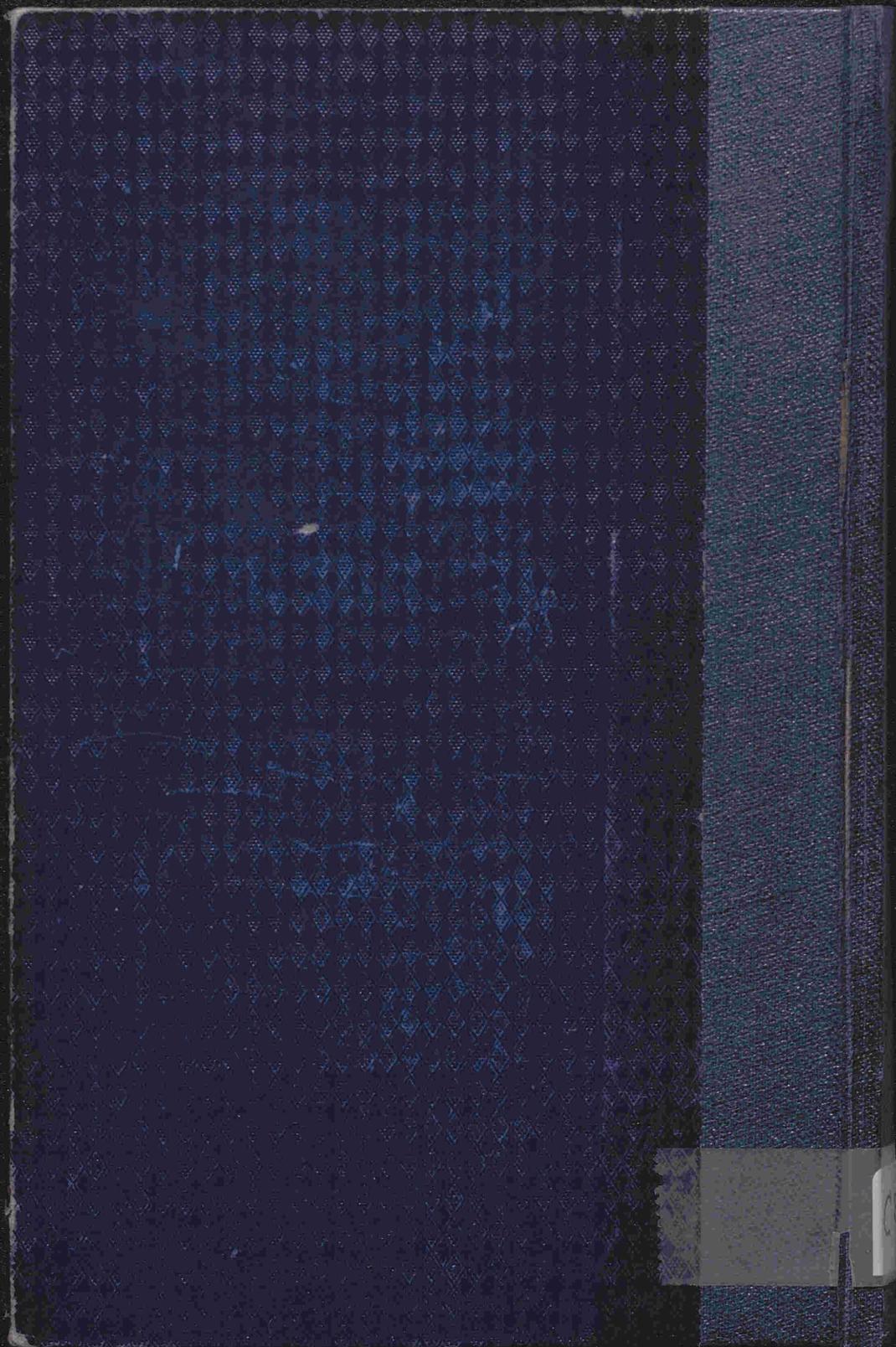
1880

Received of the Treasurer of the
Board of Education the sum of
\$100.00 for the year 1880.









COMEDIAS ESPAÑOLAS DEL SIGLO XIX

CES-XIX